Edito-rial

La palabra mentira procede del latín *mentīri*, que significa «fingir» o «engañar». A su vez, deriva de *mens*, *mentis* que significa «mente». La etimología nos invita a comprender que, cuando hablamos de mentiras, se trata de algo que hacemos con la mente. Y es que parece que al cuerpo le cuesta más esto de mentir…

Mentiras son también las marcas blancas que aparecen en las uñas, el crujido de las articulaciones de los dedos, las manchas irregulares que se quedan en la pared cuando pintas, o las erratas en un texto manuscrito o en un material. Hay un patrón de irregularidades que acompaña al significado de la palabra. Las mentiras son una anomalía, una anomia, un fallo en matrix. Igualmente, son parte de matrix. Le hemos preguntado a chatGPT si miente y nos ha contestado que está programada para ofrecer hechos veraces. Ha precisado que no tiene interés en engañar o inducir a error. Nos preguntamos cuál es el sesgo desde el que la IA nos ofrece información que considera veraz. ¿Acaso no es una mentira la idea misma de objetividad?

Hay un elemento voluntarioso en el acto de mentir, decidimos mentir con predisposición, aunque hay veces que sucede como un acto reflejo. ¿Qué es lo que hace que mintamos?, ¿cuál es el principio activo de las mentiras?

Mentimos para encajar, por supervivencia, para agradar, por cobardía, porque queremos, por crueldad, para no perder el trabajo, por no hacer daño, por diversión, por proteger, porque la verdad es demasiado dura. A veces, incluso mentimos para no ser las feministas aguafiestas veinticuatro-siete. Dicen que las mentiras tienen las patas muy cortas pero sabemos que hay mentiras que se han convertido, a base de repetirlas, en verdad. De esto sabemos un rato las feministas…

Nos dicen desde la infancia que no mintamos, que nos crecerá la nariz. Hay mentirijillas, mentiras piadosas… una gran amalgama de circunstancias en las que, dependiendo del alcance moral de nuestra mentira, ésta será mejor o peor vista socialmente. Cuando somos adultas las cosas cambian. ¿No estará la verdad sobrevalorada?

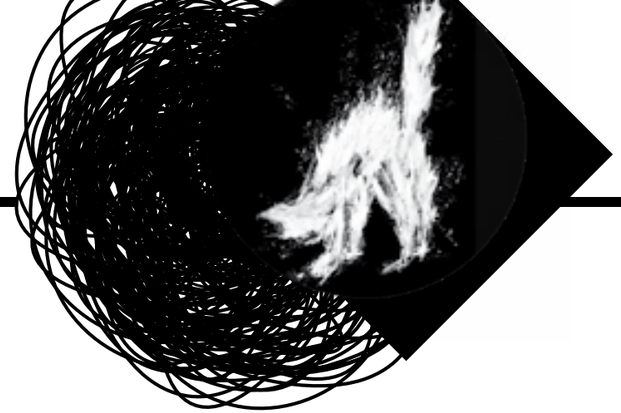
Las mentiras funcionan en muchas direcciones, hay mentiras que nos contamos a nosotres mismes, hay otras que nos cuentan y luego están ésas que les contamos a las demás. ¿Hacia dónde circulan las tuyas? ¿Qué dirección toman? ¿A quién apuntan?

También nos han asaltado otras preguntas: ¿De qué material están hechas las mentiras? ¿Dónde se gestan? ¿Habría mentiras sin lenguaje? ¿Mentimos para gustar(nos)? ¿Mentimos porque no nos gusta la verdad? ¿Mentimos porque reconocemos la verdad? ¿Nos gustaría vivir sin mentiras? ¿Cuántas mentiras se cuentan sobre los feminismos? ¿Cuánto mentimos las feministas? ¿Cuál es el precio que pagamos por decir la verdad?

Que hay muchas mentiras sobrevolando este número es una gran verdad. Como lo es contaros que a lo largo de este monográfico hemos mudado la piel, hemos experimentado cambios en el grupo editorial y que, quienes seguimos, decidimos vernos este verano en un punto ignoto del territorio. Que un proyecto editorial puede sostenerse sólo a través de reuniones *online* los domingos hemos descubierto que, también, es un poco mentira. Nos ha venido bien vernos y acuerparnos. Alinear piel, miradas, palabras, risas, cuidados y compartir paisajes nos ha reactivado como grupo editorial. Ojalá este monográfico te transmita la vibrante incertidumbre que nos ha atravesado al sumergirnos en el juego de espejos de las mentiras, sus distorsiones, sus aristas, sus puntos de fuga y sus reversos luminosos. Gracias por estar al otro lado un número más.

la ma de ja

nº12



Y tú, ¿qué opinas? ◆ 4

Manual de instrucciones para dejar de ser yo ◆ 6

A tientas ◆ 8

niñagrande ◆ 10

De *burnouts* y otros malestares colectivos ◆ 12

Síndrome de la impostora. 25mg comprimidos recubiertos de película ◆ 15

La hiedra ◆ 17

Todo lo que no se ve ◆ 18

Autoengaño y supervivencia ◆ 21

Las mentiras no siempre tienen las patitas cortas ◆ 24

Las mentiras tienen las patas muy cortas ◆ 27

En los márgenes de la maternidad ◆ 28

Falsas certezas en psiquiatría, daño real en nuestras vidas ◆ 30

Los trabajos de mi abuela. Los trabajos de mi madre ◆ 32

La historia como pasado: la mentira como parte del discurso, de la creación de la identidad, del recuerdo ◆ 34

Manual de falacias ◆ 36

FamilyLife ◆ 38

Bordando especulativamente: la mentira del pasado que nunca fue, la utopía de futuro que será ◆ 41

De amistades, mentiras y aprendizajes ◆ 44

¿Por qué mentimos? ◆ 47

Mejor corto de ficción ◆ 49

Test MadejaPop: ¿cuáles son tus mentiras para ser una «buena feminista» ◆ 51

El cuerpo nunca engaña ◆ 54

Sé tu mejor versión ◆ 56

Cronología incompleta de las mentiras sobre nuestros cuerpos. Listado de «enfermedades» inventadas para evitar que practicáramos deporte ◆ 58

La construcción de la verdad: de certezas inamovibles a realidades diversas ◆ 60

Todas queremos ser un poco más mentirosas ◆ 63

La tecnología nos hará libres ◆ 66

Había una vez... ◆ 69

Crucigrama *queer* ◆ 71

mentira... ◆ 72

cambalache feminismo

Edita | cambalache
Esta revista es un proyecto autogestionado que se sostiene a través de su venta. Por ello, te animamos a comprarla, difundirla y distribuirla.
Se trata de una aventura colectiva en construcción, abierta a aquellas personas interesadas en participar en ella. Puedes pasarte por el local de la asociación, escribirnos o llamarnos para contarnos tus propuestas. Más información en:
C/ Martínez Vigil 30, bajo.
33010 – Oviedo
Tfno.: 985 202292
www.localcambalache.org
lamadeja@localcambalache.org

(La Madeja nº 0 (2010) ***Aborto*** | La Madeja nº 1 (2010) ***Migraciones*** | La Madeja nº 2 (2011) ***Cuerpos*** | La Madeja nº 3 (2012) ***Paisajes*** | La Madeja nº 4 (2013) ***Amores*** | La Madeja nº 5 (2014) ***Transgresiones*** | La Madeja nº 6 (2015) ***Cuidados*** | La Madeja nº 7 (2016) ***Miedos*** | La Madeja nº 8 (2017) ***Sexualidades*** | La Madeja nº 9 (2018) ***Fronteras*** | La Madeja nº 10 (2022) ***Duelos*** | La Madeja nº 11 (2023) ***Alegrías***)

Equipo de redacción: Irene Choya, Celia García López, Irene Pardo Contreras, Sofía Sofosa.

Diseño y maquetación: Amelia Celaya.

Imprenta: Gráficas Summa.

Colaboraciones: Sara Álvarez, Ana, SoniA AntruejA, Loreto Ares, Cristina Arrojo, Irene Blanco Fuente, Mar Caldas, Valeria Canelas, Raquel Centeno, Patricia Dopazo Gallego, Xeito Fole, Simona Frabotta, La Galana, Alba M. Gálvez-Vidal, Zoe Garcia Castaño, Irene García Roces, Olga García Roces, Sara González Sánchez, Isserley, Ruan Liberton, Marro, Alejandra Ntutumu, Julia Pardo, Ana Pastor, Tamara Pastora, Pelleyes, María Queraltó, Tatiana Romero, Karla Vela.

D.L.: AS-3139-2010 | ISSN: 2171-9160

Todas nuestras publicaciones están editadas bajo licencia *copyleft*; esto significa que está permitida su reproducción, modificación, copia, distribución y exhibición, siempre que se haga citando la autoría, sin ánimo de lucro y bajo la misma licencia.

Frente a cánones e impuestos creemos que el interés de la edición es difundir contenidos, servir de herramienta educativa y generar debate; por eso todas nuestras publicaciones se pueden descargar gratuitamente en www.localcambalache.org.

Entre las muchas mentiras que nos han contado están aquellas que han viajado en el tiempo. Se han fosilizado en la tradición oral y se repiten, una y otra vez, sin saber muy bien si son ciertas o si son un mero eco de tiempos pasados. Señalamos algunos territorios desde los que nos han compartido varias de estas mentiras populares, pero estamos segures de que se replican en muchos otros. Confeccionamos así un listado incompleto de mentiras que son, sencillamente, un disparate:

Salud

:: Si te tragas un chicle te puedes morir porque se te pegarán las tripas. *Salamanca, Valladolid y Cantabria.*

:: Si te clavas una aguja se te puede meter en la vena y llegar al corazón y morirte. *Cantabria, Salamanca.*

:: Si pones los ojos en blanco se te dan la vuelta y no vuelven a su sitio. *Cantabria.*

:: Si te cae agua de lluvia en las verruguitas de las manos se quitan solas. *Asturias.*

:: No se puede comer melón o naranja por la noche («el melón por la noche mata»). *Cantabria, Santiago de Chile y Albacete.*

Menstruación

:: Si tienes la regla y riegas las plantas, se mueren. *Tobarra (Albacete).*

:: Si tienes la regla no hagas mayonesa, porque se cortará. *Salamanca, Águilas (Murcia)* y *Berrueces (Valladolid), Cantabria.*

:: Con la regla no puedes comer helado. *Cantabria.*

:: Si te lavas la cabeza cuando tienes la regla, te vuelves loca. Y si te duchas, ni te cuento, ¡te puedes morir! *Berrueces (Valladolid).*

:: Una señora subió de Barreda a Viveda descalza porque llovía y no quería estropear los zapatos y se murió porque tenía la regla. *Cantabria.*

:: Con la regla no se puede entrar en las bodegas porque se estropea el vino. *Alba de Cerrato (Palencia).*

Masturbación

:: Si te masturbas, te quedarás ciego/a/ue. *Salamanca, Valladolid y Cantabria.*

:: Si te haces pajas te salen granos. *Águilas (Murcia) y Valladolid.*

:: Si te masturbas te crece pelo en la mano. *Santiago de Chile.*

:: Si te masturbas, se te hacen los sesos agua. *Berrueces (Valladolid).*

Miscelánea

:: Si te mea un sapo, no crecerás. *Salamanca.*

:: Si te portas mal vas al infierno. *Cantabria.*

:: Si se te sube un palote (mantis religiosa) se te puede meter por la oreja y comerte el cerebro. *Santiago de Chile.*

:: Si comes mucha miga de pan te crecerán las tetas. *Salamanca, Valladolid, Asturias.*

:: Si te relajas, te quedarás embarazada. (Hemos escuchado esta afirmación en diversas regiones).

Manual de instrucciones para dejar de ser yo

Isserley

La identidad es la primera mentira. Igual que son mentiras la individualidad, el género o el capitalismo. Ficciones y artificios que se han interiorizado a partir de lecciones sobre la pureza, lo bueno, la autenticidad y la esencia. Hay mentiras que se han convertido en dogmas y se han investido con el peso de la sacralidad hasta hacerse pasar por eternas. Se nos ha insistido en preservarlas y cuidarlas, diciendo que en ellas residía todo lo verdadero.

Dirigiré el ataque a la primera mentira. Quiero verle las tripas a ese engaño y, a partir de ahí, poder reinventarme de manera lúdica y consciente. Le daré la vuelta a mi identidad a través de un nombre ficticio, que se podrá convertir en un sujeto múltiple. Me nombraré de forma falsa para diluir en mí misma los límites de lo decible y lo pensable. Destruiré todo aquello que se dice de mí que soy. Ahora no seré yo. Seré otra. Seré quien quiera ser. O no seré nadie.

Mi nombre podrá convertirse en nuestro nombre. Nos reuniremos bajo el engaño. Perteneceremos a la noble tradición guerrillera de Ned Ludd y Luther Blisset. La mentira será un sabotaje contra el principio burgués de autoría. Cada vez que se actúe, no se sabrá quién lo ha hecho. Dirán que somos unas irresponsables renegando de lo más íntimo, de esa máscara que se identifica con nuestra persona. Pero la impostura nos compensará, porque durante un tiempo podremos ser completamente libres.

Frente a la retransmisión de la vida en directo, hay que retomar el secreto y la ocultación. No porque sea una estrategia de supervivencia, no vamos a desplazarnos a la clandestinidad. Además, ya hemos sido discretas durante mucho tiempo. Sin embargo, sí que necesitamos una protección para el ataque. Mi nombre se convertirá en una máscara que volverá invisibles a quienes actúen tras ella. La máscara es un modo de aparecer en escena que resguarda lo más tierno. Nuestro rostro quedará al cuidado de la parte cóncava. Cuantas más usemos la máscara, más suave se volverá su interior y más resistente su exterior.

Sabemos cómo se juega en este teatro. Estamos acostumbradas a cambiar de máscaras de forma constante. Esta vez, lo haremos deliberadamente para construir una doble, que será pendenciera y terrible. Ella estará encargada de ajustar las cuentas con el mundo en un movimiento catártico.

La guerra sigue su curso en un combate que es desigual y complejo, por eso es necesario desplegar más estrategias. No se puede olvidar que hoy las cadenas ya no son físicas, sino ideológicas y psicológicas. El enemigo está alojado en los gestos, los automatismos y las rutinas que repetimos en cada acto cotidiano. Lo hemos interiorizado como parte de nuestros cuerpos y mentes. Así, propongo que la primera batalla de esta guerra se parezca a un exorcismo. Hay que echar fuera el veneno del cuerpo, rebelarse contra el propio interior, cambiar de piel y reaprender a mentir.

Mentir es una tarea más liviana de lo que parece. Recordemos el placer de las primeras mentiras que dijimos en la infancia. Las niñas mienten con la misma facilidad con la que inventan cuentos o juegan a las casitas. Fantasean, transgreden roles e inventan situaciones. Un uso de la imaginación que ya inquietaba a las personas adultas. «Esta niña es demasiado lista», nos decían. Pero a las crías les entusiasma tergiversar el mundo, engañar, ocultar y ocultarse. Al fin y al cabo, era la única manera

Me nombraré de forma falsa para diluir en mí misma los límites de lo decible y lo pensable. Destruiré todo aquello que se dice de mí que soy. Ahora no seré yo. Seré otra. Seré quien quiera ser. O no seré nadie.

Frente a la retransmisión de la vida en directo, hay que retomar el secreto y la ocultación.

que teníamos de decir que no nos tragábamos las tonterías y engaños que nos contaban. Nos dijeron que el juego se debía abandonar cuando nos hiciéramos mayores, porque hay que comportarse como alguien responsable. Nos dijeron que debemos ser sinceras, porque seremos queridas si nos mostramos tal y como somos. Nos dijeron que debemos tener las cosas en orden y una casa con muros transparentes. Nos dijeron quienes somos. Nos dijeron muchas mentiras.

Dentro de este juego, elegir el nombre es la tarea más seria. ¿Por qué he decidido que sea Isserley? Isserley es el producto de Michel Faber en su novela *Bajo la piel*. Al leerla, me sedujo el personaje de esa hembra extraterrestre y su turbio secreto. El imaginario perverso de Farber será un buen arranque de nuestra impostura. Es cierto que podría haber tomado el nombre de alguna heroína terrible como Lilith, Erzsébet Báthory o Manu y Nadine. Sin embargo, prefiero que no sea completamente humana ni claramente mujer. Envolveré mi carne con su cuerpo monstruoso, híbrido, destrozado por la cirugía. La tozudez homicida de Isserley y su paciencia para permanecer al acecho serán mis nuevas virtudes.

Ya nos parecemos un poco a Isserley. Nuestro cuerpo también ha sido moldeado y nuestra vida controlada por el deseo de los otros. Desde ahí, necesitamos metamorfosearnos. Hacer desaparecer el yo particular y fundirse en Isserley será habitar un espacio de sororidad y compromiso con las demás. Al mezclarnos dentro de su nombre, nos perderemos en lo indistinto para salir fortalecidas. Conseguiremos operar una transfiguración alquímica, que dará a luz una criatura fabulosa y emancipada de sus creadoras.

Los primeros movimientos en el mundo de nuestra criatura serán difíciles. La mentira no es sólo decirla, sino llevarla al cuerpo y a la acción. Isserley estará a la intemperie tras una mutación tan radical, pero su vulnerabilidad será breve. No temerá a la nueva cara que aparecerá en el espejo, a su voz o sus costumbres. Confiad en ella y veréis cómo se maneja con los comandos del juego. Entonces, empezará a saber lo que se hace.

Seremos Isserley. Ocultas tras nuestra apariencia estrafalaria, nuestras tetas falsas y nuestras torpes maneras de mujer fatal, se esconde una monstrua sedienta de sangre. Somos la bestia que todos temen. A partir de ahora, nos cobraremos una a una las miradas lascivas, los desprecios, los insultos y los abusos. Nuestros múltiples brazos ejecutarán una sed de venganza que ya es insaciable. Ellos, que tanto nos desean y nos odian, nos tendrán enteras. Seremos tan amorosas como una planta carnívora. Aún no saben que nuestra vagina dentada tiene un hambre caníbal. Nos convertiremos en un mito, una leyenda oscura, que rondará de cabeza en cabeza, creciendo en cada encarnación.

A tien-tas

Irene Choya (ella)

Miente como se miente cuando tienes seis años
saboreando esa recién estrenada capacidad de
poder engañar con las palabras.
Su cuerpo
aún
la delata.

■

A ella normalmente no le molesta.
Le parece un juego divertido.
Su cara se esfuerza en mostrarse seria,
pero no lo consigue.
La mayoría de las veces
ambas acaban muertas de risa.

■

Otras, sin embargo,
le parece una grave afrenta.
Y se enfada y la riñe y no hay risas ni juego.

■

La pequeña no sabe
que hubo otras mentiras
ni que
duelen
ni que
sangran.

■

¿No contar es mentir?
¿Le hubiera servido saberlo?
¿Qué habría cambiado?

■

Quizás es lo que está detrás
lo que desgarra.
Él dirá que no quería hacerle daño.
Ella sabe.
Consciente o no,
era él mismo el objetivo del salvavidas.

Luego ese sentirse tonta
cuando repasa en su cabeza escenas
en las que se creía feliz y
no sabía
no sabía que sólo jugaba con las
cenizas.

■

Entonces la rabia
de sentirse títere
en su propia historia.

■

¿No contar es mentir?
¿Le hubiera servido saberlo?
¿Qué habría cambiado?

■

No hay una respuesta fácil.
La verdad puede ser
grande, compleja, contradictoria
insoportable, inentendible.
Y duele,
también duele.

■

Pero ese mundo
de las verdades
requiere acercarse
con cuidado
poner palabras
a tientas.
Construir con
aunque sea
otra cosa
aunque sea
un final.

niñagrande

cristina arrojo (ella)

[Sandra dice: pero volando, no alzando el vuelo]

I

Cuando era pequeña, mucho antes de saber cómo era mi cara o con qué formas miraba, me gustaba cubrírmela con un trapo o una pequeña toalla porque así desaparecía. Era muy sencillo: colocaba el trapito sobre mi cabeza, casi como una bandana, y dejaba que sus esquinas y pliegues cayeran por mi frente y mis mofletes. Normalmente, no dejaba que llegase a mis ojos para no perder el privilegio de ver sin ser vista, pero a veces también me gustaba sumergirme en todas las cosas que habitaban detrás del trapo, justo entre él y mi mirada, antes de llegar al mundo de las realidades tangibles. Sea como fuere, si de algo yo estaba segura era del poder del trapito: ponerlo en mi cabeza me hacía invisible ante el mundo. ¡Chas!, ya no estoy. ¡Chas!, ya volví. Era yo quien elegía cuándo, cómo y qué mostrar y cuándo, cómo y qué poner a salvo.

Me levanto desnuda. La imagen que proyecto en el espejo se entiende como verdadera, pero yo sé que es otra construcción. Las fronteras con que se ve mi cuerpo no son reales, el contorno que se dibuja en el reflejo es sólo una de las muchas formas que puedo adoptar. Me miro, fija por un momento en la imagen que el espejo absorbe, convertida en un cuadro hiperrealista. Quién es ésa, quiero saber. Empiezo a mover los brazos helicoidalmente como si fuesen las aspas de un helicóptero preparándose para despegar vuelo. Mis pies siguen en el suelo aunque no son tan pies como hace un rato, cuando mi cuerpo aún no había empezado a ser un *ready-made*. Los brazos se estiran se estiran se estiran hasta salir por la ventana y tocar la fachada y saludar a la vecina y regar las plantas de los balcones del piso de arriba y de los siguientes y llegar a la azotea y extenderse hasta ser el lugar donde se van a reunir los pájaros esta mañana.

II

Mientras más crecía, más me obligaban a quedarme entre las cosas que ocurrían fuera de mi trapo. Llegó un día en que no me dejaron usarlo más: ya era una niñagrande, las niñasgrandes no se esconden, las niñasgrandes aprenden a comportarse y reciben felicitaciones y halagos y consejos o exigencias para que su cuerpo encaje mejor en los límites en que debe estar. En ocasiones, como respuesta instintiva, cerraba los ojos y los apretaba muy fuerte para sentir las vibraciones y los destellos de colores y las muchas muchísimas formas que aparecían en los tres o cuatro segundos que podía durar mi escapada. Merecía la pena la inmediata regañina de la persona adulta que rondara por allí: las niñasgrandes no aprietan los ojos hasta marearse, las niñasgrandes miran lo que pasa alrededor y están pendientes de las cosas y no hacen muecas burlonas ni se mueven de sus sillas para saltar y corretear por ahí como si estuvieran volando.

Ah, sí, ya sé, tengo que vestirme, que no es ponerme ropa sino salir de la desnudez, concretar las formas de mi cuerpo de acuerdo al cuerpo de una niñagrande: las niñasgrandes no sacan los brazos por la ventana, las niñasgrandes cogen su máscara de niñagrande y la colocan en su cara, donde un día estuviera el trapo, bien cubiertas la frente y los mofletes, y salen a performar el engaño del mundo con los brazos bien pegados a las costillas y la voz bien silenciosa, a veces apretando los ojos durante tres o cuatro segundos, a veces levantando un poco los pies al vuelo —la hegemonía del significado que no alcanza a enmascarar todas las cosas en que mi cuerpo de niñagrande puede convertirse.

FOTO | *Procedencia @tamarapastora_y prou*

III

Me regalaron mi primera máscara el mismo día en que cumplí la edad en la que dejas de ser una niña a secas para ser una niñagrande. Me despertaron temprano cantando el cumpleaños feliz con una tarta, una vela y un regalo: la máscara de la femineidad. Me la puse, entusiasmada, pretendiendo hacer de ella el equivalente adulto a mi trapito de la invisibilidad, un refugio donde cobijar aquellas dimensiones de mi cuerpo que elegía no compartir con el afuera. En el mismo momento que me la puse ya noté su peso. Mi cuerpo dejaba de ser *mi cuerpo* para ser la idea de *la niñagrande* que, desde ese día, me pertenecía —lo quisiera o no. Yo quería que mi máscara tuviese plumas como las de las chicas de aquella peli que bailaban agitando sus culos; y también quería ponerle un bigote rizado como el de un perro de aguas, pero eso no es de niñasgrandes, eso es de putas y marimachos. Yo entonces soy una puta marimacho, concluí con lógica asociativa y el bofetón que cruzó la sala me hizo saber dos cosas: que los brazos pueden estirarse y que la máscara no es tan poderosa.

Recojo los brazos una vez los pájaros han terminado su conversa y los meto en algunas ropas que los protegen del frío. Humedezco mi pelo, lavo mi cara, escojo su máscara de puta marimacho con cuidado y con mimo. Las niñagrandes todo lo hacen con cuidado y con mimo. Fuera de las significaciones del cuerpo en el espacio, el dibujo que contemplo en el espejo tiene más que ver conmigo. Con las manos mojadas, pretendiendo secarlas, agarro la toalla y la coloco sobre mi cabeza. ¡Chas!, ya no estoy. ¡Chas!, ya volví. Es bonito porque puedo imaginar. Las niñasgrandes siempre están imaginando.

[Andre dice: no quiero vivir en este mundo entonces invento el mundo]

De *burnouts* y otros malestares colectivos

Julia Pardo (ella) y Xeito Fole (él)

Mural en el barrio de Vallecas realizado por @heuranegravhk y @mrworkingful en el año 2020, diseño original de @raquelskuur.

Este texto emerge tras un *burnout*[1]: escribimos a cuatro manos desde dos cuerpos en diferentes estados de recuperación que se acompañan y conversan sobre lo que nos ha pasado y lo que nos está pasando. Un difícil camino en el que nombrar el malestar, la enfermedad y la culpa que brotan en nuestros cuerpos, pasando a formar parte de estos como una amalgama viscosa e invisible de la que no nos podemos deshacer.

Durante los años que trabajamos juntes en una institución municipal, vivimos numerosos conflictos laborales. Nuestros haceres, ideas y resistencias ponían en evidencia las prácticas racistas, patriarcales y misóginas que se llevaban a cabo en este espacio vestido de populismo arcoíris. Justo antes de que nuestros cuerpos nos hicieran parar, coordinamos un ciclo de programación que titulamos *Nuestros cuerpos son campos de batalla*[2]. Esta conocida consigna feminista dibujaba nuestro sentir: una constante y dolorosa lucha que nos atravesó la piel hasta instalarse en nuestro sistema nervioso.

De años de terapia, lucha sindical, amigues, diazepam, antiinflamatorios y bajas laborales, surgió la necesidad de colectivizar nuestros malestares y desvelar algunas mentiras del sistema laboral capitalista insertas en nuestro cuerpo-mente: el trabajo como identidad, la culpa y la sensación de fracaso. Escribimos como herramienta movilizadora y de recuperación frente al agotamiento[3]. Arrojar luz sobre estos dispositivos de control es difícil cuando el cuerpo enferma, pero reclamamos que, desde esta oscuridad luminosa, también podemos ver con claridad.

[1] También llamado síndrome de desgaste profesional, es un estado de agotamiento mental, emocional y físico como resultado de exigencias abusivas y condiciones laborales precarias y violentas.

[2] En referencia a la frase de la obra de arte *Your Body Is a Battleground* (1989) de Barbara Kruger, que se convirtió en un lema de los movimientos feministas.

[3] El agotamiento como «la presión por el rendimiento [...] como nuevo mandato de la sociedad del trabajo tardomoderna», HAN, Byung-Chul (2012) *La sociedad del cansancio*, Barcelona, Herder, p. 32.

Reclamamos que, desde esta oscuridad luminosa, también podemos ver con claridad.

La clase obrera nos atraviesa el cuerpo, atraviesa nuestras vidas e historias familiares. Nos hemos pasado la infancia viendo a nuestras madres y padres trabajando como forma de vida para que nosotres tuviéramos un futuro mejor que el suyo. Ésta es nuestra genealogía, nos acercamos a ella y la abrazamos, no queremos borrarla ni cambiarla. Lo que sí queremos es cambiar nuestra relación con el trabajo. Así pues, crecemos con la idea del trabajo asalariado como algo intrínseco a nuestra identidad; la familia® y la escuela® devienen instituciones disciplinares en las que se fabrican peques-trabajadores con les que alimentar este sistema voraz. La escuela sigue la lógica fabril y cumplimos con nuestra jornada escolar completa de ocho horas, porque ya nos lo decían en casa «igual que los mayores vamos al trabajo, los niños tenéis que ir al colegio». La infancia son esos años en los que proyectamos inconscientemente nuestro supuesto propósito vital en una profesión cuando respondemos de forma mecánica a la pregunta *¿qué quieres ser de mayor*? Es también la época en la que nos castigan por decir mentiras a la vez que nos obligan a creer que lo que nos cuentan en casa y en el cole es cierto: que los Reyes Magos nos dejarán regalos si hemos sido buenas y que si estudiamos mucho tendremos un *buen trabajo* (sic) cuando seamos mayores.

Entonces estudiamos y trabajamos a la vez, aceptamos prácticas no remuneradas, dedicamos el tiempo libre a optimizarnos como sujetos. Quizá, tras unos cuantos trabajos de mierda, llega un trabajo algo mejor remunerado, mejor considerado que otros. Quizá el entusiasmo[4] nos permita aguantar años mientras sostenemos condiciones y jornadas laborales que nos superan, pero la autoexplotación acaba pasando factura y, en vez de quemar la ofi, nos quemamos nosotres. Y es en este momento donde los ecos de la culpa que nos acompañan desde siempre resuenan con más fuerza. Esta noción anula nuestra

[4] Entendemos el entusiasmo como «la vocación […] *instrumentalizada* hoy por un sistema que favorece la ansiedad, el conflicto y la dependencia en beneficio de la hiperproducción y la velocidad competitivas», ZAFRA, Remedios (2017) *El entusiasmo: Precariedad y trabajo creativo en la era digital*, Barcelona, Anagrama, p. 2.

Nos convertimos en *malas trabajadoras*, aquelles que anteponen su salud a sus deberes laborales, aquelles que se han convertido en el síntoma con el que se manifiesta un sistema enfermo.

capacidad crítica, instaurando la creencia de que el malestar es individual y obviando que las violencias que recibimos son consecuencias estructurales de los sistemas de organización social. Necesitamos ampliar la mirada hacia una perspectiva colectiva para evitar vivir con culpa nuestros malestares y nuestras enfermedades.

Las lógicas hegemónicas del proyecto capitalista fracturan nuestra salud mental y física haciéndonos parar y, en esta disrupción, distorsionamos la valoración que hacemos de nosotres mismes. Es aquí donde aparece la sensación de fracaso por no poder seguir, por no ser aptes para nuestra función. Así, nos convertimos en *malas trabajadoras*, aquelles que anteponen su salud a sus deberes laborales, aquelles que se han convertido en el síntoma con el que se manifiesta un sistema enfermo.[5] Aprovechamos esta grieta que la enfermedad abre en nuestros cuerpos para visibilizar las ficciones que fusionan la vida y el trabajo como única posibilidad de existencia. Reivindicamos el fracaso y nuestra nueva identidad.

En estas vidas precarizadas, colectivizar los malestares nos sirve para pensar en otras formas de organización socioeconómica que no pongan el trabajo productivo en el centro. Desengranar las lógicas *trabajísticas* implica un profundo cambio de paradigma que revele las capas de capitalismo que llevamos cosidas en la piel. Necesitamos repensar qué es eso a lo que llamamos *trabajo*, cambiar la organización del tiempo que le dedicamos y la forma en que lo hacemos y dar un papel fundamental al descanso y al ocio. Necesitamos alejarnos de las formas de trabajo basadas en lógicas productivistas y acumulativas dentro y fuera de nuestra jornada laboral.

Descarrilando de la autopista de la productividad, nos encontraremos caminando por senderos que nos permitan crear despacio el paisaje de nuestra existencia, que nos ayuden a cambiarlo –quemarlo– todo.

[5] «Pero casi todos los cuerpos ahora dañados están medicados y nos permiten no solo seguir viviendo, sino trabajar y seguir enfermando», ZAFRA, Remedios (2021) *Frágiles. Cartas sobre la ansiedad y la esperanza en la nueva cultura*, Barcelona, Anagrama, p. 107.

Estoy cansada de pusilanimidad
su tener que ser excepcionales

para hacer lo que cualquier mujer
hace en el transcurso de las cosas.

Estoy cansada de mujeres rebajadas a la mitad de nuestra altura
para sacar la veta esencial a la luz,

cansada del desperdicio de lo que ponemos
a tan alto precio, con tal entusiasmo, a la vista

(pues ¿qué será de aquello que la minera sondea
y talla dolorida del cuerpo de la montaña?)

ADRIENNE RICH. *Recursos naturales.*

Síndrome de la impostora

Irene Pardo Contreras (ella)

25mg comprimidos recubiertos con película

1. Qué es y para qué se utiliza

El síndrome de la impostora es un asalto, un asedio, una parálisis, una sinfonía de voces que no callan. A veces llega sin avisar y otras toca a la puerta, se anuncia y se autoinvita a casa.

Me gustaría que no estuviera aquí, que no se hubiera instalado en mi escritura. También, que no hubiera extendido sus tentáculos hacia otros lugares. No se está quieto. Es como una mancha de color diluida en agua, que con una sola gota contamina el recipiente entero. Es como un alien. No sé si la localización exacta es en las manos, en los ojos o en la cabeza, ni cómo se acomoda, ni cómo se va abriendo camino. Pero, a temporadas, me habita y una inmensa duda comienza a paralizarme. Cuando esto sucede la procrastinación aparece, establece un diálogo fuerte con mis dudas y todo se frena. El tiempo se ralentiza, la voz tiembla. Es justo en ese punto cuando comienzo a sabotearme. El carácter se me hace huraño y triste, me quedo instalada en un no-lugar, en el que me dedico a pelearme conmigo misma hasta la extenuación, tendré que agotarme para poder salir del bucle.

2. Qué necesita saber

Mi ritual empieza así: ¿Qué sentido tiene escribir?, ¿qué vas a contar?, ¿a quién le importa?, ¿acaso puedes contar algo?, ¿quién eres tú para escribir algo?

Y el tuyo, ¿cómo comienza?, ¿tiene fases?, ¿cómo aparece?, ¿cómo lo ahuyentas?

¿Las causas de esta dolencia? Se tiende a apuntar a un exceso de autocrítica, de duda y de miedo al fracaso entre quienes la padecen. A veces, se suele explicar el síndrome de la impostora aludiendo a la falta de confianza, al sentimiento paralizante o a la autoestima baja. Muchas de las soluciones acaban por recurrir a una narrativa manida que sugiere que asumamos que nos vamos a equivocar, que no seamos tan exigentes con nosotras mismas o que nos queramos más y mejor. Entre esta amalgama de padecimientos, el mercado ha encontrado un filón donde el producto a vender (siempre se trató

de eso) adquiere muchas formas, ya sea la de un curso de *coaching* de escritura, un retiro espiritual o una dieta. Y todas tienen algo en común: comparten la filosofía de las tazas con mensaje.

3. Advertencias y precauciones

Hay una ficción perversa instalada en la narrativa de todos estos remedios. Detrás de las manidas frases: cree en tu trabajo, confía en ti misma, apóyate en tus amigas, confía en ti, etc. laten prácticas pseudo-feministas descafeinadas, aderezadas de tácticas neoliberales. En otras palabras, un *xenoformo*[1] en toda regla.

Nuestro síndrome de impostora es una inagotable mina de oro. Nuestras inseguridades, un recurso a explotar para quienes pueden fácilmente señalar hacia todo lo que nos paraliza. Qué peligroso que se haya establecido un *coaching* de escritura vendido a través de figuras instagrameables que sólo atienden a un proceso individual del síndrome como si esto no fuera estructural. Por eso, intenta que tus inseguridades no le renten al patriarcado, si le rentan, tranquila: no es el síndrome, es el sistema.

[1] Ser antropomorfo extraterrestre y parasitoide ficticio, también conocido como alien.

4. Posibles efectos adversos

No hay curso, charla, ni ritual chamánico que te desligue del síndrome cuando está profundamente instalado y se abre camino. ¿Qué forma tiene tu síndrome?, ¿cómo se materializa? El mío es una hiedra trepadora alienígena. Crece con facilidad. Cuando la arranco, a su paso ha dejado un leve rastro. Aunque no puedo frenarla, con el tiempo, sí he aprendido a delimitarla, a perimetrar su crecimiento, a pactar con los miedos, a aislar el ruido.

5. Proceso de exploración minera

Tu síndrome es una mina, explóralo, excava, realiza las catas de tierra pertinentes y no dudes en construir pasajes estratégicos que conecten las dudas. Te permitirán ver los vínculos y comprender el mapa de tus inseguridades. Puede que una vez que lo dibujes puedas caminar mejor, escribir más tranquila.

Piensa en tu contexto, en tu entorno afectivo y hazte estas preguntas. Son sólo algunas herramientas para comenzar a cavar:

¿Cuánto te han cuestionado?, ¿quiénes? ¿Cuánto hay de síndrome de la impostora y cuánto de patriarcado en tus dudas? ¿Qué tipos de actitudes y conductas se han celebrado en tu entorno y cuáles se han cuestionado? ¿Qué huellas de eso se han quedado en ti?, ¿identificas alguna?, ¿reproduces alguna? ¿Qué papel desempeña el bienestar económico en tu autoestima? ¿Qué papel juegan los privilegios en tus dudas?, ¿qué papel desempeña el racismo? ¿Qué impacto tiene la ausencia de buenos tratos en la construcción de tu autoestima? ¿Con qué mirada aprendemos a ver nuestra escritura? ¿Quién y cómo nos enseñó a mirarnos de esta manera? ¿Con qué estrategias podemos seguir adelante, a pesar de las dudas, a pesar de las voces?

6. Si nada de esto funciona

Recuerda que dinamitar los pasajes también es, siempre, una buena opción. Saca a la teniente Ripley que llevas dentro.

La hiedra

Karla Vela (ella) @karlavel_arte

Todo lo que no se ve

Valeria Canelas (ella)

Dicen que el cuerpo nunca miente. Dicen también que hay que escucharlo. El problema llega, pienso, cuando hay que interpretar lo que nos dice y, sobre todo, cuando debemos transformar en lenguaje todo eso que nos comunica a través del malestar. Lo que cuesta es ese trasvase del padecimiento a la palabra, que es el eje sobre el que gravita la visita médica. Es decir, la recepción de ese mensaje que no sabemos interpretar del todo. Esperando hallar la cura, decimos lo que nos duele, precisamos las formas e intensidades del malestar, transitamos torpemente del quejido al sentido. Hay en ello un innegable ejercicio narrativo que, en cierta forma, nos convierte en garantes de lo que el cuerpo, nuestro cuerpo, quiere comunicar. Tener una enfermedad crónica invisible implica una constante peregrinación de consulta en consulta, en busca del intérprete que entregue el diagnóstico que establezca, de una vez por todas, el nombre adecuado, la palabra capaz de encerrar en sí misma todas esas formas del malestar, la certificación de que ese padecimiento que no se ve claramente existe, que lo que se transmite con esas palabras que al pronunciarse empiezan a tambalearse –hay ciertos umbrales de dolor, de ardor, de picazón, de sufrimiento, que arrasan por completo con el sentido que esos términos contienen– es la más absoluta y radical de las verdades. Dejemos que una sufriente intente describir el dolor en su cabeza a un doctor, dice Virginia Woolf, y el lenguaje de inmediato se seca.

No es casual que se denomine anamnesis –traer a la memoria– a la información que se le da al médico[1] para que elabore el historial de cada paciente. Todo diagnóstico, entonces, es también una cuestión de memoria, porque para transmitir el malestar es preciso recordar cuándo empezó, remontarse a ese momento en el que aún no existía. Muchas veces, cuando lucho por describir lo que me pasa, me aferro a esa época en la que estaba bien, cuando podía comer sin miedo, cuando mis días se mantenían en el precario equilibrio que es, ahora lo sé, el bienestar.

Pero es que ningún recuerdo está a salvo de inclinarse levemente, con el tiempo, hacia la falsificación. ¿En qué momento esas mutaciones de la memoria se convierten en una mentira? Generalmente, se trata de un proceso no consciente, una reelaboración equivocada, una reconstrucción idílica que responde a un innegable deseo, de un pasado en el que mi cuerpo permanecía en el absoluto silencio de lo saludable. Pero es que el recuerdo también sufre los embates del malestar. La memoria es frágil, dicen. Y existe en esta afirmación una contradicción evidente con aquella de que el cuerpo no miente. Porque nuestra relación con el cuerpo está atravesada por la memoria, que no es del todo fiable. Entonces, si la anamnesis es recordar y el recuerdo cambia constantemente, toda anamnesis es poco fiable. Quizás a causa de esto, siempre que acudo a una nueva consulta médica titubeo y compruebo, con cada mirada de sospecha, cómo se cierne sobre mis palabras la sombra de la mentira. No basta con atravesar el malestar, hay que probarlo con una herramienta tan llena de ambigüedad como es el lenguaje, con la única ayuda, hasta que se realicen ciertas pruebas, de la memoria y su complicada relación con la verdad.

He repetido tantas veces la historia de mis síntomas que, inevitablemente, yo misma creo percibir contradicciones en mis distintas versiones. No puedo evitar sentir que, mientras verbalizo el dolor, miento. No tengo un único diagnóstico que me respalde y, muchas veces, cuando llego a la consulta, después de muchos meses en la lista de espera, las manifestaciones físicas han cambiado tanto que describir con certeza los distintos padecimientos que ha atravesado mi cuerpo se convierte en un reto. Con la dificultad añadida de contar únicamente con los escasos minutos que se establecen para atender a cada paciente en un sistema de salud condicionado por la precariedad y los recortes presupuestarios. Llego a la consulta sintiéndome culpable por todo eso que no se ve y que no puede probarse con la palabra. He pasado tantas horas en salas de espera de centros de salud, me he sometido a tantas pruebas invasivas y molestas, que me cuesta pensar que alguien pudiera realmente pensar que estoy mintiendo. Y, sin embargo, una y otra vez, me he topado con la sospecha en la que mi condición de paciente –de gasto y de mala trabajadora– me coloca.

¿En qué momento esas mutaciones de la memoria se convierten en una mentira? Generalmente, se trata de un proceso no consciente, una reelaboración equivocada, una reconstrucción idílica que responde a un innegable deseo, de un pasado en el que mi cuerpo permanecía en el absoluto silencio de lo saludable. Pero es que el recuerdo también sufre los embates del malestar.

[1] Se ha dejado el masculino para resaltar el rol patriarcal que la institución médica ejerce muchas veces sobre los cuerpos.

Tener una enfermedad crónica invisible implica una constante peregrinación de consulta en consulta, en busca del intérprete que entregue el diagnóstico que establezca, de una vez por todas, el nombre adecuado.

Hay ciertas modalidades de interacción en una consulta médica que la asemejan a una sala de interrogatorios, a un juzgado o, incluso, a un confesionario. Confieso mi enfermedad invisible como una culpa. Con los años, después de encontrar diversas comunidades de personas con las que comparto sintomatología, he comprobado que muchas hemos adoptado la misma estrategia: fotografiar las ronchas y marcas que aparecen en la piel que casi siempre desaparecen antes de llegar a la consulta, grabar los sonidos que hace el cuerpo cuando duele, filmar las manifestaciones efímeras de la enfermedad que, como si fuera una especie de fantasma bromista, no se muestra frente a quien supuestamente tiene la legitimidad única para identificarla y certificar su existencia mediante un nombre.

La mayor parte del tiempo, cuando me preguntan cómo estoy y digo que bien, en realidad, estoy mintiendo. He aprendido a soportar algunos malestares, a vivir con ellos, a mentir como forma de supervivencia. Paradójicamente, en el espacio en el que no miento, o al menos donde lucho por hallar una forma cabal de transmitir el malestar, la posibilidad de la mentira condiciona mucho de lo que allí sucede y que, además, se refleja en múltiples ámbitos de la vida. No en vano el diagnóstico que de ahí salga determinará, en muchos casos, que al malestar se le conceda su estatus de verdad, tanto en el ámbito laboral como, incluso, en el más personal. Sin embargo, últimamente he pensado que quizás la idea, reforzada socialmente con múltiples prácticas y discursos, de que puede existir un inmutable cuerpo totalmente sano, un horizonte de salud siempre inalcanzable, no es más que una mentira funcional a un determinado orden de cosas. Quizás nuestros malestares verdaderos, atravesados por las ambigüedades inevitables del lenguaje, lo que hacen realmente es mostrar la mentira sobre la que se sostiene el sistema: la creencia de que podemos controlar el cuerpo, optimizarlo, destinarlo íntegramente a la esfera productiva, hacerlo trabajar sin descanso, como si la vulnerabilidad no fuera una manifestación radical de que estamos vivas. Quizás todo el entramado de sospechas que se construye alrededor de las enfermedades invisibles tiene que ver con neutralizar el potencial político que un cuerpo frágil conlleva, la innegable capacidad develadora de un cuerpo que se escabulle de diagnósticos, de categorías y de nombres.

Autoengaño y supervivencia

Raquel Centeno (ella)

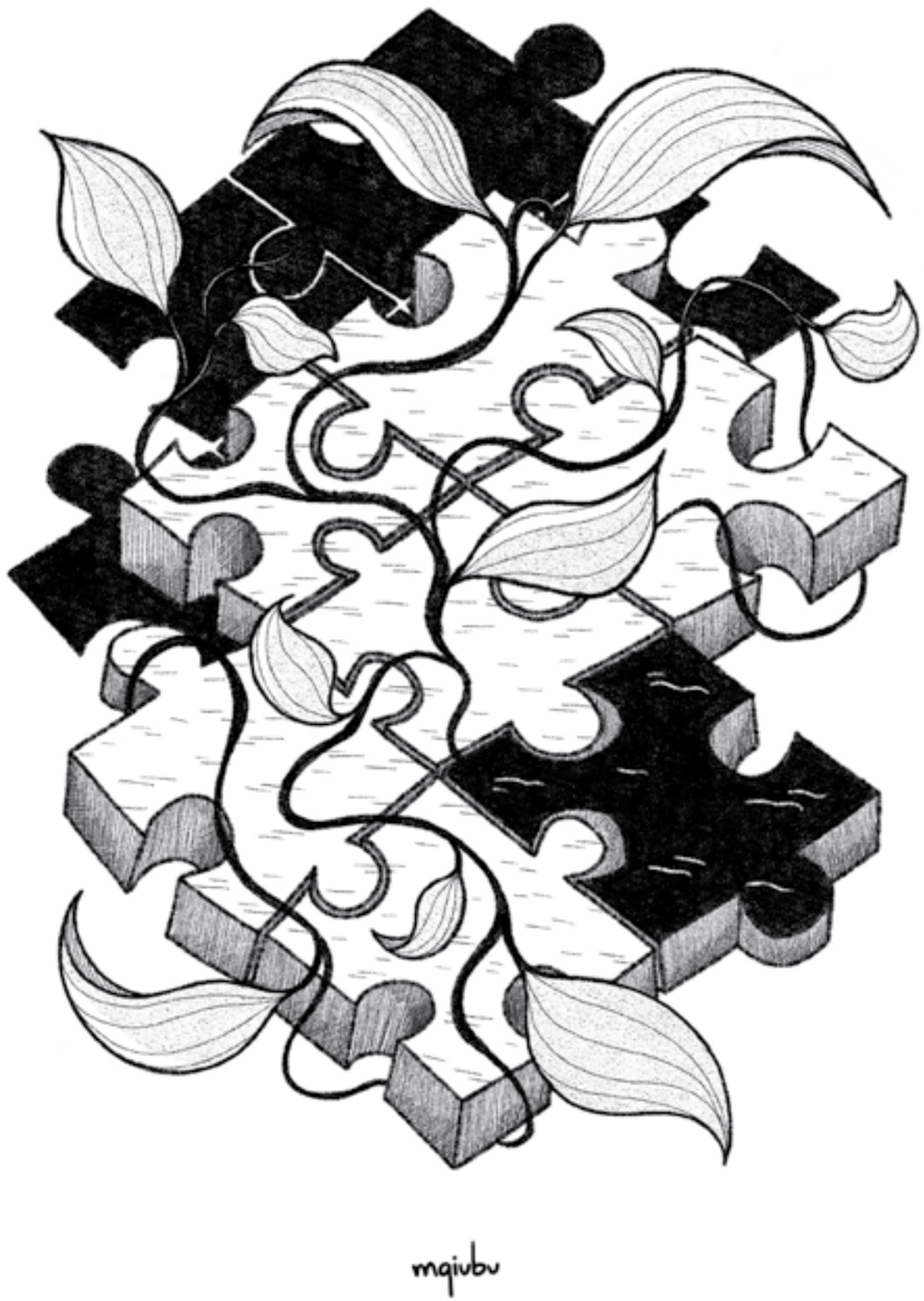
Sustituimos en la mente aspectos de la realidad por otros imaginarios. Esto es lo que dice la RAE que hacemos cuando nos autoengañamos.

Hubo un momento en mi vida, no me acuerdo cuál, creo que la primera vez que hice terapia después de darme una buena *hostia* en mi inestable historial sentimental, en el que me quedé tremendamente impactada por hasta dónde podían llevarme mis propias *cegueras*.

Empezó a convertirse en una obsesión para mí ver *la realidad*, pillarme en mis incongruencias, pescarme en mis huidas disfrazadas, cazarme en mis autojustificaciones y en mis cobardías. Los baños de realidad son ciertamente muy útiles, ahorran mucho tiempo y dolor. Y llegan, antes o después, siempre llegan. Así que, en mi mente expedita, cuanto antes ocurra, menos tiempo perdido.

Esta obsesión también se empezó a trasladar a mi mirada hacia las demás personas. Desde pequeña sus cambios de discurso atrapaban mi atención, sus incoherencias entre los dichos y los hechos. De alguna forma, me sentía estafada por creer en intenciones que no se cumplían. Tenía una sensibilidad especial para detectar cuándo alguien se estaba autoengañando, no se enfrentaba a sus problemas, culpaba a las demás de sus conflictos, daba vueltas para no responder a las preguntas, buscaba respuestas que no eran, había contradicciones entre sus palabras y sus hechos o huidas hacia adelante. Y ese marcaje que me hacía a mí misma empecé a hacérselo a las demás. Disfrutaba poniendo a la gente contra la espada y la pared, sujetándoles los párpados para que no pudieran cerrar los ojos, al estilo de la naranja mecánica, bajándoles de su nube y obligándoles a poner los pies en el suelo, viendo con cierta satisfacción la contrariedad, el dolor de sentirse acorraladas por una realidad que no querían mirar. En no pocas ocasiones, una realidad que probablemente era también la mía. Alguna amistad perdí y alguna enemistad me gané por esta obsesión.

Luego la vida me pondría en mi sitio enfrentándome a mi propia contradicción. Empezaron a desfilar por mi vida personas que deseaba –demasiado– mantener a mi lado, para quienes la realidad se les hacía excesivamente sórdida como para soportarla, y sobrevivían a base de huidas esporádicas que les proporcionaban un respiro, una tregua. A estas personas no me



Maria Queraltó

la
ma
de
ja

Fue un buen ejercicio de empatía ver la utilidad de sustituir la realidad por mundos imaginarios para sobrevivir a vidas que pueden hacerse insufribles en algún momento.

Hay vidas y hay momentos que necesitamos cubrir con un poco de magia e imaginación para mantenernos en pie (podemos llamarle creatividad en vez de autoengaño).

convenía enfrentarlas mucho. Fue un buen ejercicio de empatía ver la utilidad de *sustituir la realidad por mundos imaginarios* para sobrevivir a vidas que pueden hacerse insufribles en algún momento. Y, entonces, yo también me autoengañé porque me convenía, porque no quería, no podía renunciar a esas personas.

Pero, mientras te sigas mintiendo, el inconsciente llama a tu puerta como un grifo goteando en el silencio de la noche. Y la vida te trae una y otra vez situaciones para que te mires al espejo y te bajes la máscara. Señales a las que no quieres dar importancia porque significaría tomar decisiones: síntomas de ansiedad al respirar cuando me acostaba; recriminaciones a mí misma en mañanas de resaca; desvelos de madrugada noche tras noche; absoluta desilusión cada mañana; no poder conciliar el sueño cuando dormía con ella; sensación de tiempo perdido; insatisfacción; alegría sobreactuada; sueños repetitivos… Señales que casi siempre aparecen por la noche, cuando bajas la guardia y *la razón deja de protegerte*. Cuando tu yo por un momento se hace permeable a lo que tu inconsciente sabe de ti y tu consciente no puede soportar. Señales que se vuelven tan pesadas, tan dolorosas como sea necesario hasta que te desenmascaras. Y, cuando por fin te atreves a mirarte de frente, ¿qué haces con ese lado tuyo que te ha traicionado?

Hay cierta utilidad en autoengañarse cuando no puedes soportar la realidad, cuando no quieres perder a alguien, cuando sólo ves niebla ahí delante o no imaginas otro rumbo, cuando no eres capaz de enfrentarte o hacer lo que sabes que tienes que hacer…

Hay vidas y hay momentos que necesitamos cubrir con un poco de magia e imaginación para mantenernos en pie (podemos llamarle creatividad en vez de autoengaño). A veces necesitamos crearnos y creernos realidades paralelas.

Ahora bien, los baños de realidad llegan, antes o después, pero llegan. Y el agua siempre está demasiado fría.

Las mentiras no siempre tienen las patitas cortas

Celia García (ella)

Podemos decir a modo de tentativa que algo es verdadero cuando lo que creemos se corresponde con lo que sucede. Sin embargo, ¿qué pasa cuando creemos firmemente en algo pero eso de lo que estamos convencides no corresponde con lo que es? ¿Qué pasa cuando una misma cosa se puede interpretar de diferentes maneras? ¿Mentiríamos para que la realidad encajara con nuestras creencias? ¿Mentiríamos para construir un mundo «más justo», «más equitativo»? ¿Miente el bloque reaccionario para que la realidad se adapte a sus creencias? ¿Mienten los hombres cis que odian a las mujeres porque piensan que otro mundo es posible?

No parece algo muy descabellado decir que la mentira es una estrategia de poder. Repite mucho una mentira hasta convertirla en verdad. ¿Qué quiere decir esto?, ¿cuáles son los engranajes que hacen de este mecanismo una construcción de «consenso»? Decir mentiras hasta que el mundo se ajuste a la medida de unas determinadas creencias, hasta que formen parte del imaginario colectivo. Y es que nuestro sistema de creencias está sumergido en un imaginario concreto que nos ayuda a ordenar la realidad según las coordenadas de lo que pensamos posible. Todo lo que entra dentro de esta «superestructura» es potencialmente verdadero. Si repetimos hasta la saciedad, a través de todos los medios que tenemos al alcance, determinados discursos que no tienen que ver con la verdad, sino con «nuestra verdad» o con la verdad de un sector de la población, estos van a acabar entrando en el imaginario como posibilidad.

Así, la definición de posverdad refiere a la distorsión deliberada de una realidad, que manipula creencias y emociones con el fin de influir en la opinión pública y en actitudes sociales.

Te invito a que hagas un análisis, una búsqueda, una pequeña investigación (no tiene que ser muy exhaustiva, un formato *lowcost* ya va bien), sobre algunos de los grandes bulos de los últimos tiempos y repares en cómo estos han influido en el aumento de los delitos de odio, en el crecimiento exponencial de comunidades que defienden abiertamente el machismo, el racismo o la lgtbiaq+fobia. En un incremento de discursos filofascistas que penetran hasta en las mejores familias de una manera natural y normalizada. En el deterioro y el descrédito de los «sistemas democráticos occidentales» y en un continuo proceso de deshumanización de determinados colectivos que da carta blanca a una cotidianeidad aterradora, donde estos discursos corren a sus anchas y esos colectivos sufren cada vez más violencia. Recordemos la definición de más arriba: «influir en la opinión pública y en actitudes sociales».

¿Es entonces la verdad una lucha de fuerzas?, ¿una construcción?, ¿un pacto?, ¿una búsqueda de consenso?, ¿una idea de justicia? ¿Tenemos, por lo tanto, que convencer, que convencernos de que hay que introducir en el discurso esos otros mundos más amables para que determinadas creencias no nos conduzcan a sociedades peores? ¿Es la verdad relativa a un modelo social concreto? ¿Habéis pensado alguna vez si hoy en día somos todes un poco más conservardorxs que hace, no sé, por ejemplo, diez años?

Día 1

Leo el libro de Laura Bates *Los hombres que odian a las mujeres*. La autora habla de un montón de comunidades virtuales donde miles de tipos tienen total potestad para verter su odio sobre las mujeres. En algunos de esos foros se invita a la violación, se entrona a aquellos que han asesinado a mujeres por el simple hecho de haberse sentido rechazados de manera sistemática por éstas, por estar fuera de lo que un «hombre con éxito debe ser», por sentirse víctimas de un orden que los aleja del «ciclo natural». Hombres que se lamentan de que las mujeres que los rechazan no les han dado la oportunidad de conocerlos. Comunidades de resentidos que construyen un microcosmos donde el odio radical campa a sus anchas.

Señala la autora que uno de los mecanismos de deshumanización hacia las mujeres es inventar un «neolenguaje», palabras que no tienen un referente real fuera de esos ambientes, siglas, términos inventados que refieren a su propia percepción de la realidad y que refuerzan la pertenencia a esos grupos.

Día 2

Pienso en T y en I de trece años, dos de mis alumnos del curso pasado, y en su obsesión por los vídeojuegos. Se pasan las noches jugando al Fortnite y participando en los chats. Repiten hasta la saciedad discursos machistas, a veces como chiste, a veces como marca identitaria en este momento de sus vidas donde quieren dar cuenta de quiénes son como personitas individuales. Les hablo con el mayor cariño que puedo, les digo que no me puedo creer que ellos de verdad piensen lo que dicen, que si analizaran mínimamente sus discursos no sé si estarían tan de acuerdo. Sus prácticas en clase, la mayoría de las veces,

no se corresponden con lo que dicen. Me miran extrañados. Al final de curso me buscan todo el rato, les gusta hablar conmigo. Sé que no es suficiente.

Día 3

Pienso en muchas de las conversaciones que he tenido en los últimos tiempos con mis amigas y amigues. A veces yo también me siento confundida, hay demasiado ruido para poder pensar con calma, todo va demasiado deprisa y eso me produce rabia, me enerva. Me pregunto si a mí también me ha pasado, ¿soy más conservadora que hace diez años?, ¿siento menos extrañamiento ante discursos que hace algún tiempo no hubiera tolerado?, ¿estoy perdiendo capacidad de análisis?, ¿estamos perdiendo capacidad de reacción?

Día 4

Uno de los comportamientos más estudiados durante el siglo XX fue el que analiza el por qué una comunidad se adhiere a discursos que van en contra de sus propios intereses o que conducen a modelos sociales perversos. Una de las explicaciones que da la psicología es el llamado *sesgo de conformidad.* Dejarse llevar por el discurso de la mayoría nos coloca en un lugar junto a otres que nos hace sentir que estamos dentro de lo social. Estar cerca del discurso dominante nos ofrece un simulacro de pertenencia que inconscientemente creemos nos va a ayudar si las cosas se ponen feas.

Día 5

¿Puede haber sociedad sin noción de «lo bueno y lo malo»?, ¿qué relación se establece entre estos dos conceptos morales y la mentira y la verdad? Hace poco escuché a alguien que hablaba sobre la *banalidad del bien*, dándole la vuelta a un concepto que pone en funcionamiento la filósofa Hannah Arendt. La banalidad del mal nos habla de cómo el mal es algo simple, no pensado, no radical, algo que en muchas ocasiones llevamos a cabo por obedecer a la cadena de mando sin hacernos cargo de las consecuencias que nuestros actos implican, delegando, así, nuestra responsabilidad en el de «más arriba». El bien, dirá Arendt, es siempre radical, pensado, analizado, necesitamos establecer sus límites. Es algo, en realidad, que necesita de más tiempo, de más valentía,de más conciencia. Sin embargo, ¿y si en lugar de entender el bien como un acto heroico lo entendemos como algo cotidiano?, algo que hacemos porque nos comimos la pastillita de la conciencia social y, ahora sí, vemos con más «claridad».

Día 6

Os pregunto y cierro: ¿Si pudierais elegir vivir en un mundo donde no existiera la mentira, ningún tipo de mentira, lo elegiríais? Pensadlo bien.

la
ma
de
ja

Las mentiras tienen las patas muy cortas

La Galana Collage (ella)

Los obstetras que se ocupan de la mujer embarazada ignoran, por completo, que todo o casi todo puede salir mal. Se ocupan de nosotras para parir bebés vivos y sanos. Nos tratan de acuerdo con situaciones ideales. (...) En ningún momento nos preparan, siquiera con algunas pistas, para lo inesperado, para parir a un humano irreconocible o sin aliento. Deberían hacerlo, porque lo inesperado no es en absoluto infrecuente, sólo que lo hacen invisible.

Marina Perezagua

En los márgenes de la maternidad

Ana (ella)

Debido a mi profesión y como buena *millennial*, antes de ser mamá ya había hecho terapia dos veces, leído a Nils Bergman, Ibone Olza, John Bowlby, Adrienne Rich, Nazareth Olivera, Alba Padró y un sinfín de profesionales relacionadas con la crianza. Sabía en qué hospital quería parir, tenía detallado mi plan de parto, varios contactos de matronas, doulas, pediatras, asesoras de lactancia, psicólogas perinatales, osteópata, fisioterapeuta. También estaba preparada para ser criticada por el colecho, la lactancia prolongada, la mamitis, los brazos. Y mi pareja, hombre, para ser el segundo de a bordo y «cuidar a la díada», «dejar al bebé en el cuerpo de la madre, que es su hábitat». *Sólo* tendría que seguir mi instinto de mamífera, pero atender la evidencia científica. Yo pensé que lo tenía todo bajo control. Como me habían dicho, «con información y asesoramiento todo saldría relativamente bien». Uf.

◆

Con treinta y dos años me dijeron que no podría tener criaturas con mis propios óvulos y una feminista atormentada más se instaló en las salas de las clínicas de reproducción asistida. Porque yo ya sabía que la maternidad es un deseo y no un derecho, pero a veces la coherencia humana resulta tan limitada como utópica. Luego llegó una bebé maravillosa con una enfermedad muy complicada. Y no había tiempo de cuidar a ninguna díada, sólo de sobrevivir.

◆

Ocho meses después del nacimiento de nuestra primera hija y cuatro del alta hospitalaria, me quedé embarazada de forma natural (resulta que no era tan imposible, por lo visto). Y así llegó, casi sin avisar y muy rápido, nuestra segunda hija. Yo me preparé igual que con la anterior: los mismos libros, discursos y planteamientos. Esta vez sí iba a conseguir hacerlo bien. Pero no.

Me había preparado para sentir vergüenza dando el pecho, pero no para sentirla dando biberones.

Segundo embarazo y parto fisiológico no celestial, segunda lactancia diferida, segunda bebé que se adapta bien a los cuidados paternos. Entonces, hostia, una, vale, hemos tenido una situación adversa, pero, dos... ¿Qué está pasando? Al principio me paré en seco y me eché la culpa a mí: no soy una madre lo suficientemente buena; no sirvo, no valgo. Lo siento, chicas, no estuve a la altura.

◆

Nuestra familia nació en la adversidad[1]. No hubo miradas de horas y horas que desarrollaran adecuadamente sus tiernos cerebros (al menos, no al principio). Así que, desde un inicio, me sentí en los márgenes en esto de ser madre.

Ahora miro de cerca a otras familias y sus historias. Quizá algunas cumplirían a la perfección *las condiciones ideales* de Nils Bergman[2], pero la mayoría no. Observo el sufrimiento y pienso si no estaremos creando otra vez una mitología que oprime. Me pregunto por qué las familias que no hemos seguido el camino recto no hablamos más de nuestras experiencias. De la capacidad de las madres, hijos e hijas para sanar embarazos difíciles, partos violentos, separaciones dolorosísimas, duelos enquistados, decisiones incoherentes, nacimientos prematuros, enfermedades, lactancias desesperadas y, en definitiva, todas aquellas experiencias que no se ajustan al ideal.

La adversidad existe, la vida está repleta. Pero es injusto quedarse ahí. Las familias pueden ser maravillosas, pueden ser creativas y con su ingenio traspasar manuales y teorías.

◆

Me dijeron:
—O te subes al carro
o tendrás que empujarlo.
Ni me subí ni lo empujé.
Me senté en la cuneta
y alrededor de mí,
a su debido tiempo,
brotaron amapolas.

Gloria Fuertes

Poco a poco encuentro mi propio traje. Veo a mi familia y voy pudiendo honrar la crianza de nuestras hijas. Entonces también las voy encontrando a ellas, que tampoco encajaron en lo que me dijeron que serían (cómo se atreven). Y nos abrazo.

«El amor va a pegar los trozos», me susurro. «Las formas nuevas que estamos creando son bellas», me repito. «Confía en tu familia», pienso. Me paro, las miro, nos miro. Vaya viaje.

Y mientras tanto me doy cuenta de que, despacito, van brotando las amapolas.

[1] A veces, la adversidad temprana es una enfermedad grave, otras, una concatenación de dificultades no peligrosas pero complicadas igualmente.

[2] Nils Bergman es un médico especialista en neurociencia perinatal, conocido internacionalmente por sus estudios científicos sobre los beneficios de los «cuidados canguro», tanto en bebés prematurxs como en nacidxs a término, que implican el contacto «piel con piel» con la madre u otra figura cuidadora inmediatamente después del nacimiento. Además de este contacto «piel con piel», recomienda un parto lo menos interferido posible y preservar al máximo el estado hormonal natural del nacimiento para favorecer un óptimo desarrollo a nivel físico, psíquico y social de las criaturas.

Falsas certezas en psiquiatría, daño real en nuestras vidas

Marta Plaza (ella)

La psiquiatría y las mentiras están inextricablemente unidas, como una maraña de sentencias envueltas en bata blanca que debes tomar como certeza incuestionable. La industria farmacéutica sigue manipulando profesionales, sea con obsequios, viajes pagados a congresos allende los mares o copando jornadas formativas/divulgativas sobre psicofármacos que, de nuevo, prometen menos efectos secundarios y, sobre todo, más rentabilidad para la susodicha farmacéutica. Pero, por encima de todo, siempre está la salud, ¿verdad? **¿Verdad?**

La vocación de cualquier profesional del mundo psi (psicología, educación y trabajo social, enfermería de salud mental; no sólo psiquiatría), ¿no es siempre mejorar nuestra salud? Y para proteger nuestra salud, ¿no hay que quebrar primero nuestra voluntad, someternos, volvernos dóciles y hacernos creer a pies juntillas esos discursos –*psicoeducación*, lo llaman, la «conciencia de enfermedad» y «adherencia al tratamiento» como dogmas incuestionables– que oiremos de consulta en consulta? «Los problemas de salud mental son una enfermedad como cualquier otra, requieren medicación como la diabetes requiere insulina y, si no te saltas tus tomas diarias, podrás llevar una vida casi normal». También suelen recomendar no someternos a situaciones o trabajos estresantes (!!), no relacionarte con «gente como tú» (psiquiatrizada) porque podéis retroalimentaros (!!) o que descartemos tener vínculos afectivos a largo plazo. Fenomenal todo.

Ese discurso está trufado de mentiras suculentas para la profesión psi y la industria que la alimenta. La psiquiatrización hoy por hoy es un proceso que permite encierros involuntarios sin contacto con tus vínculos de elección; medicación forzosa y atarte a una cama horas o días; decidir cuántas sesiones de electroshock van a enchufarte; truncar tu deseo de maternidad; y hasta 2020 esterilizaciones quirúrgicas sin consentimiento e incluso sin conocimiento de la víctima. En definitiva, nos roba voz y derechos mientras nos suma trauma y dolor. **Esto no le pasa a cualquier paciente: la supuesta enfermedad mental no es simplemente «una enfermedad más»**. Y eso sin entrar en por qué muchas consideramos que la locura en sus distintas formas no encaja en esa categorización de *enfermedad*, que en cambio sí es utilizada con frecuencia para tapar violencias y traumas, o para hacer de una persona el chivo expiatorio de daños y silencios en familias y en la sociedad. «El síntoma no es suyo; el síntoma es nuestro», decía la socióloga Elena Casado en su asignatura «Género y salud». Cuánto necesitamos esas otras miradas para desbaratar el poder y no seguir alimentando estos mitos base de la psiquiatría y las profesiones psi.

La psiquiatría se excusa al revestirse de Ciencia con mayúsculas pretendidamente universal, objetiva, neutral, incuestionable. Vale que quien ha construido esa Ciencia (genuflexión) han sido en abrumadora mayoría hombres blancos, cishetero

La imagen surge al ver el proyecto «La Histeria es Colectiva» donde llamaron a resignificar cajas de psicofármacos contando a través de ellas nuestras historias silenciadas. Autoría: Marta Plaza.

y con dinero… ¿Pero por qué iba a hacernos eso dudar de sus verdades irrebatibles? Vale que hay artículos con mirada crítica desmontando algunas de esas certezas, como los que relacionan la etiqueta de Trastorno Límite de Personalidad con estar viviendo violencia de género[1] (señalando cómo la etiqueta responsabiliza a la mujer, negando prácticamente el maltrato), pero, ¿vamos a darle el mismo crédito a un texto escrito por una mujer que a cientos de señoros revestidos de batas blancas decidiendo qué incluir y qué no en su libro sagrado, DSM, Amén? Sentido común, por favor.

Las mentiras de la psiquiatría trascienden el marco síntoma-diagnóstico-pastilla. Sus pretendidas «verdades» pueden abrir abismos entre la persona diagnosticada y su entorno, familia, amigues. Mentiras que llevan a nuevas mentiras, secretos y desconfianzas. A mí me pidieron mentir a mi abuela y abuelo («pobres, qué disgusto») y seguir fingiendo que iba al instituto cuando llevaba un año en un hospital psiquiátrico de día. Sus falsas verdades asfaltan nuestro camino de mentiras. Como guinda del pastel, tener ciertas etiquetas diagnósticas conlleva una duda eterna sobre tu discurso, ya sin legitimidad y credibilidad. La carga de la mentira pasa a estar en ti: tú la delirante, mentirosa, manipuladora, exagerada, poco fiable, tú, tú.

Parece que tanta mentira pesa mucho —y lo hace—, y causa mucho dolor —y lo causa—. Pero gracias a los aprendizajes que hemos venido haciendo locas y psiquiatrizadas en nuestros Grupos de Apoyo Mutuo (GAMs), hoy esas «verdades incuestionables» que salen de bocas de profesionales psi pesan menos. Ponemos en valor otros saberes expertos que no vienen de la Academia ni de la práctica profesional, sino de la experiencia en primera persona y los años desarrollando estrategias y escuchando a compas sobre las suyas.

Personalmente, desconfío de quien se aferra muy fuerte a sus verdades, afilando sus certezas para blandirlas como arma. Me siento más cercana de quien intenta manejarse en la incertidumbre que, aunque incómoda, está a rebosar de posibilidades.

Ojalá quienes están en lugares de poder aprendan –o se vean en la obligación de aprender– sobre esa incomodidad fértil de la incertidumbre, sobre la potencia de la ausencia de certezas. Ojalá situarnos todas más fácilmente en el no estar seguras, no saber… y desde ahí probar qué caminos se nos abren.

[1] GONZÁLEZ IBÁÑEZ, Rebeca (2014) «Trastorno límite de personalidad y violencia de género», *Diagonal*.

Los trabajos de mi abuela

El término **«Profesión: Labores»** en el DNI de mi abuela no informaba de que fue madre de **cinco hijxs**; que para mantenerlxs, tras haber sido **fusilado su marido**, trabajó de **pescantina**; que no le fue reconocido subsidio alguno hasta que a finales de los años 70, después de morir Franco y poco antes de morir ella, recibió una **pequeña pensión de guerra**; o que, tras dejar el trabajo que había destrozado su salud, **contribuyó a la economía familiar ganchillando** unos pañitos de color crema destinados a cubrir mesillas de noche, respaldos y brazos de sillones o a confeccionar colchas.

Nosotras, sus nietas, le ayudábamos a **devanar las madejas** sosteniendo el hilo entre las muñecas. Había que situarse a cierta distancia, mantenerse en tensión con los brazos separados y acompañar el movimiento del hilo para **evitar que se enredase**. Ella no salía de casa, se movía con dificultad por **artrosis en las caderas** y ganchillaba durante horas.

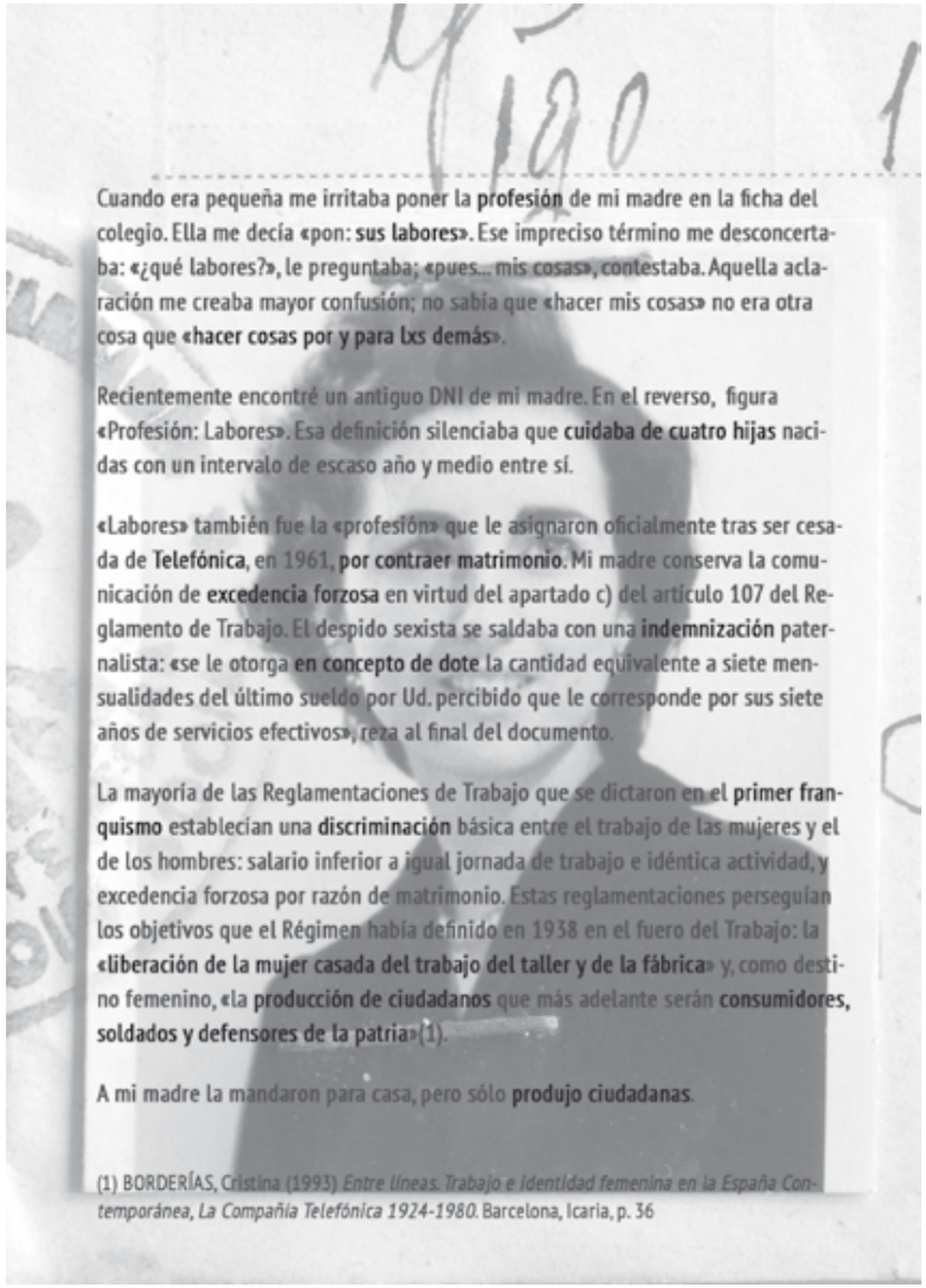
A través de mi tía, enviaba los pañitos envueltos en papel de estraza a una tienda de textil tradicional del barrio del Calvario. Ilusionada, mi abuela echaba cuentas de las **«perras» que conseguiría**, mientras que a mi tía le indignaba lo **mal pagado** que era su trabajo en relación al precio de venta al público.

Al pasar los años **la demanda decayó** y lo que entonces pasó a preocupar a mi tía era que mi abuela, sin nada entre manos, se quedaba constantemente **dormida en su butacón**. Para motivarla, se le ocurrió inventar que compañeras suyas, de Telefónica, querían comprar sus colchas. Fingiendo que se vendían, mi tía le daba **el dinero** que tan feliz la hacía y escondía **la producción** en un estante alto del armario. Mi abuela no paraba de producir estimulada por **la retribución**.

Recientemente encontramos un montoncito de **aplicaciones que quedaron sin unir**, en el canastillo de mimbre donde las guardaba mi abuela, junto con unos ovillos y la aguja de ganchillar.

Los trabajos de mi madre

Mar Caldas (ella)



Cuando era pequeña me irritaba poner la **profesión** de mi madre en la ficha del colegio. Ella me decía **«pon: sus labores»**. Ese impreciso término me desconcertaba: **«¿qué labores?»**, le preguntaba; **«pues... mis cosas»**, contestaba. Aquella aclaración me creaba mayor confusión; no sabía que **«hacer mis cosas»** no era otra cosa que **«hacer cosas por y para lxs demás»**.

Recientemente encontré un antiguo DNI de mi madre. En el reverso, figura «Profesión: Labores». Esa definición silenciaba que **cuidaba de cuatro hijas** nacidas con un intervalo de escaso año y medio entre sí.

«Labores» también fue la «profesión» que le asignaron oficialmente tras ser cesada de **Telefónica**, en 1961, **por contraer matrimonio**. Mi madre conserva la comunicación de **excedencia forzosa** en virtud del apartado c) del artículo 107 del Reglamento de Trabajo. El despido sexista se saldaba con una **indemnización** paternalista: **«se le otorga en concepto de dote** la cantidad equivalente a siete mensualidades del último sueldo por Ud. percibido que le corresponde por sus siete años de servicios efectivos», reza al final del documento.

La mayoría de las Reglamentaciones de Trabajo que se dictaron en **el primer franquismo** establecían una **discriminación** básica entre el trabajo de las mujeres y el de los hombres: salario inferior a igual jornada de trabajo e idéntica actividad, y excedencia forzosa por razón de matrimonio. Estas reglamentaciones perseguían los objetivos que el Régimen había definido en 1938 en el fuero del Trabajo: la **«liberación de la mujer casada del trabajo del taller y de la fábrica»** y, como destino femenino, **«la producción de ciudadanos** que más adelante serán **consumidores, soldados y defensores de la patria»** (1).

A mi madre la mandaron para casa, pero sólo **produjo ciudadanas**.

(1) BORDERÍAS, Cristina (1993) *Entre líneas. Trabajo e identidad femenina en la España Contemporánea, La Compañía Telefónica 1924-1980*. Barcelona, Icaria, p. 36

La historia como pasado: la mentira como parte del discurso, de la creación de la identidad, del recuerdo

Ruan Liberton

Si buscamos la definición de mentira en el diccionario nos salen dos acepciones. La primera se refiere a la «expresión o manifestación contraria a lo que se sabe, se piensa o se siente».
La segunda refiere a una «cosa que no es verdad». Me hace pensar que hay dos maneras diferentes de mentir, dos tipos de mentiras: una voluntaria, convenida, consensuada; y otra honesta, aunque suene contradictorio.

Las mentiras voluntarias son aquellas que decimos plenamente conscientes. Sé que lo que digo no es verdad, es incierto, un embuste, un engaño, una invención, una falsedad, una patraña, un infundio, una falacia. No tengo pruebas, datos, hechos para demostrarlo y, aún así, lo mantengo y lo comunico. La mentira honesta, sin embargo, se hace desde la tranquilidad de saberse en el lado correcto aunque ello implique desconocimiento, negación e incluso soberbia.

La historia, individual y colectiva, empieza con una mentira consciente. La mentira mitológica del vacío original, del caos original, del pecado original, la mentira política de las fronteras. La historia es un relato lleno de mentiras, una detrás de otra. ¿Quién decide qué es importante? ¿Qué se cuenta? ¿Cómo se cuenta? ¿Para qué se cuenta? El pasado se ha utilizado siempre para justificar actos, sentimientos, injusticias, banderas a partir de mentiras. La arqueología se destruye o se interpreta en la Tierra Prometida dependiendo de la financiación de la universidad de turno. La capa de ceniza del poblado de Numancia se considera un heróico acto de resistencia que justifica el espíritu de sufrimiento de la posguerra y la valentía frente al invasor. Entiendo que la función de esas mentiras es el engaño y el beneficio particular.

Las mentiras honestas, cotidianas, nos sirven, sin embargo, para protegernos y salvarnos. Nos liberan de culpa, nos facilitan la existencia, nos calman el dolor y nos permiten seguir en el día a día. Son mentiras cargadas de futuro, que nos ayudan a formar una identidad acorde con nuestros deseos. Son mentiras abiertas, con sujeto, verbo y predicado (*tómate el zumo rápido que se le van las vitaminas, no puedes bañarte después de comer, si te esfuerzas, puedes*). Pero también son mentiras silenciosas, sin fonemas ni morfemas, ágrafas, abstractas, escurridizas, que se pierden entre generaciones y familias. Me pregunto si esas mentiras empezaron de forma consciente o fueron simples mecanismos de supervivencia.

Las mentiras honestas, cotidianas, nos sirven, sin embargo, para protegernos y salvarnos. Nos liberan de culpa, nos facilitan la existencia, nos calman el dolor y nos permiten seguir en el día a día. Son mentiras cargadas de futuro, que nos ayudan a formar una identidad acorde con nuestros deseos.

La mentira cotidiana del amor

Siento que el amor (fraternal, romántico, filial) se presenta como una mentira, como un invento del siglo XIX, del Romanticismo, de la burguesía francesa y las tropas napoleónicas ilustradas. Veo en artículos, folletos, manuscritos, ensayos, anuncios y proclamas negar los preceptos del amor. Y yo, que me las doy de punki, tía dura y estoica, pienso que ojalá todas esas afirmaciones no sean verdad.

What is love?
Baby, don't hurt me
Don't hurt me no more
What is love?
Baby, don't hurt me
Don't hurt me no more

amor
Del lat. amor,-ōris
1. *m. Sentimiento intenso del ser humano que, partiendo de su propia insuficiencia, necesita y busca el encuentro y unión con otro ser.*

En esa construcción que es el amor romántico, el amor perfecto que encuentra a un «yo» paralelo y benévolo, aparecen límites, renuncias y promesas. Todas las normas aparecen como puntitos de un collage identitario. Ese puntillismo te permite seguir adelante, sin pausa, lentamente, ante los otros y ante ti, aunque en el fondo sabes que no es posible mantener la cotidianidad impune.

Mentiras, y gordas

No saldré con nadie que trate mal a los camareros, que niegue la lucha de clases ni practique sexo con los calcetines puestos. No sucumbiré a los encantos de los que eructen en la mesa, mastiquen con la boca abierta, les suden las manos, lleven polos los domingos, crean en Dios. Negaré a los que griten en los museos, escupan al hablar, beban de más y cuenten chistes, se corten las uñas en el salón, vayan al cine en centros comerciales y veraneen en Benidorm. Leerán en la cama, cederán el sitio a las embarazadas en el metro, pagarán impuestos, multas y facturas de la luz. Elegirán educación pública, se manifestarán en las calles y colgarán banderas con pinzas de la ropa, reciclarán en tres cubos con colores diferentes y separarán el orgánico del papel.

I don't know why you're not there
I give you my love, but you don't care
So what is right?
And what is wrong?
Give me a sign

La historia como futuro: la mentira como necesidad

Si no hubiésemos perdido la guerra, España sería otra. Yo sería otra. La gente sería otra. Si no hubiésemos perdido la guerra, la tierra sería de quien la trabaja y la canalla iría a la escuela con pantalones largos y zamarra de cuero y lápices afilados en estuches de madera con las iniciales bordadas. Si no hubiésemos perdido la guerra, mi abuelo no habría vuelto a casa andando desde Francia un día de fiesta mayor porque nunca habría tenido que irse y su hermano no habría ido a mítines clandestinos con el puño en alto y el miedo en el pecho. Si no hubiésemos perdido la guerra, en el pueblo no habría habido denuncias, paseillos, cunetas y mujeres con el pelo cortado y pensión a cambio de violencia. Si hubiésemos ganado la guerra, las ciudades tendrían grandes arboledas de acacias con paseos asfaltados y las mujeres vestirían grandes camisas de flores, las cruces se descolgarían de las farmacias y de las iglesias, las faldas serían cada vez más cortas, los libros más amplios, como las risas, y las muñecas crecerían en los árboles frutales. *Si no hubiésemos perdido la guerra, ninguno de nuestros abuelos hubiese disparado.*

Manual de falacias

Texto colectivo (ellas/elles)

¿Cómo hacer parecer que algo falso por falta de argumentación es cierto e indiscutible? ¿Cuántas falacias se vierten sobre los feminismos? ¿Cómo afectan las mentiras a la construcción del imaginario, a aquello que somos capaces de pensar más allá de lo que se repite sin descanso por los sectores conservadores, cada vez con más capacidad de generar discurso y hegemonía?

En labor pedagógica madejil os traemos algunas de las falacias más populares de todos los tiempos y un botiquín infalible para poder desmontarlas con gusto y con razón. Os proponemos que sigáis el juego de: «atrapa la falacia» y nos hagáis llegar vuestros propios ejemplos al DM de la revista o a nuestro correo electrónico.

1. Argumento *ad baculum*

(amenaza): utiliza el miedo para convencer al interlocutor de la verdad de su posición, pero sin dar ningún argumento racional.

Es muy importante que desaparezca el ministerio de Igualdad para que las mujeres dejen de estar por encima de los hombres y subvencionadas por nuestros impuestos, de no ser así, acabaremos todavía más sometidos.

Botiquín: Identifica la amenaza (acabaremos sometidos) y la proposición (es muy importante que desaparezca el ministerio de igualdad), y explica que la amenaza no tiene relación con la verdad o falsedad de la proposición, son ideas que no tienen conexión. Zasca argumentativo bien rico para quien nos venga con patrañas del estilo…

2. Argumento *ad hominem*

(ataque a la persona): intenta derribar la opinión de otra persona atacándola o desacreditándola.

—Yo creo que la educación sexual tendría que ser una asignatura que se impartiera desde primaria.

—Pero qué va a decir una feminazi/histérica/intensita(e) como tú, si es que cada vez estáis más ideologizadas, dejad a los niños en paz que no tienen culpa.

Botiquín: Identifica el ataque personal (feminazi, histérica, intensita(e)) y demuestra que estos adjetivos despreciativos nada tienen que ver con la idea que se pretende defender (la educación sexual como asignatura obligatoria). Date la vuelta y sonríe abiertamente mientras caminas con ese *flow* que te caracteriza, reina.

3. Argumento *ad populum*

Una idea es verdadera porque la respalda mucha gente.

A las niñas les gustan más las profesiones sanitarias, sociales, de humanidades… y a los niños las ingenierías, tecnológicas y ciencias puras. Es lo natural, todo el mundo lo sabe.

Botiquín: La verdad de una proposición no depende de cuánta gente esté de acuerdo con ella. Bien sabemos que verdad no es igual a popularidad y, si no, que se lo pregunten a los feminismos.

4. Argumento *ad misericordiam*

Usar el chantaje emocional o tocar la fibra sensible de las personas en lugar de dar argumentos y razones.

Aquí una revisión de un post con el que una reputada feminista transexcluyente nos deleitó. Rebosa de chantaje emocional porque a dónde vamos a ir a parar «las malas feministas» (guiño-guiño): *No se puede dejar que hombres biológicos como Imane Khelif* [sic: mujer cis de quien se ha dicho que tiene cromosomas XY aunque no está demostrado] *compitan en la categoría de mujeres en los Juegos Olímpicos. Ángela Carini, boxeadora italiana, competía en honor a su padre, un expolicía confinado a una silla de ruedas tras un accidente de servicio. Los JJOO de Carini duraron 46 segundos al recibir dos duros golpes de Khelif. Ángela abandonó porque tenía miedo. Khelif le rompió las esperanzas y la nariz.*

Botiquín: Para desmontar este tipo de falacias recomendamos: a) identifica la llamada a la compasión que te lanza el argumento; b) comprueba que la situación concreta que apela a tus emociones no tiene nada que ver con el hecho en cuestión. ¡¡¡No hay fallo!!!! Desacreditar a una persona por la vía de la pena es de ser una persona *regulinchi*.

5. Falacia *ad verecundiam*.

Recurrir a la supuesta autoridad de quien dijo una idea para demostrar su verdad (pero sin que realmente sea una autoridad en la materia). Nos podemos encontrar un buen número de este tipo de argumentos en todas las redes sociales… y es que crecen como setas los *youtubers* o *tiktokers* haciendo caja a base de buenas falacias. Alarma, *spoiler*, cuidado con la moda de las *TradWives* que está pegando bien fuerte apelando a grandes referentes de la vida moderna para enseñarnos cómo ser buenas mujeres y mejores esposas.

Ya lo dice Roma Gallardo, para conseguir tener éxito ligando con mujeres guapas tienes que hacerlas sentir inferiores para luego darles una palmadita en la espalda, acabarán comiendo de tu mano.

Botiquín: Recomendamos no ver a Roma Gallardo ni a ninguno de esos *influencers* de pacotilla que se están llenando los bolsillos incitando directamente a la cultura de la violación. Pero si, por casualidad, encontramos a alguien que lo toma como autoridad vete lo más lejos posible y no mires atrás.

Y hasta aquí nuestros remedios caseros para desmontar aquellas opiniones que quieren pasar por argumentos, pero que casi siempre están atravesadas por un sinfín de creencias chuscas que reproducen estereotipos y alicatan privilegios.
Esperamos que nuestra pequeña labor pedagógica os sea de ayuda y no dudéis en compartirnos vuestros propios hallazgos que publicaremos en redes, para ir poco a poco llenando nuestro botiquín antifalacias de remedios infalibles.

FamilyLife

SoniA AntruejA de género preestatal, artículo indefinido

Collage colectivo donde diferentes gentes han respondido a la pregunta «¿Qué es para ti la familia o qué representa?». Por falta de espacio no está el texto al completo, pero compartimos un código QR donde lo podrás escuchar (Producción Estaka Estudio, Master Mosca Road).

Y te haces mayor y vas descubriendo cosas… como que tu madre es una vecina regulera o tu padre piensa más en lo que piensan los demás que en su familia. Y no es un drama enorme, simplemente es así. Tu hermano mayor, ese referente abrumador, es un gañán…

Lo siniestro se configura cuando no logramos descifrar una amenaza porque ésta nos resulta invasiva e incomprensible. Es importante trabajar el sentimiento de impotencia que eso produce y adoptar una posición activa frente al miedo.

POEMA 1

sistema opaco de extorsión
dispositivo de reproducción social
referencia para configurar un plan de huida
desencanto organizado
muerte o susto
depósito de afecto erosionado
ecosistema de mi psicosis
silencios atrofiados
comida y refugio
casa-cenicero
laboratorio de paciencias y compasiones
puñalada poco profunda en el costado que limita parcialmente cada movimiento vital
tatuaje del bueno, del que se queda para toda la vida

■

Me di un golpe y no recuerdo muchas cosas de cuando era más pequeño, ¿verdad, mamá?

■

Iba en el coche cuando leí tu mensaje, lo leí en un semáforo, no me lo podía creer que me estuvieras haciendo a mí esa pregunta, no he tenido tiempo porque puede ser un poco largo pero la primera respuesta que me salía era que la familia es una mierda aunque me gustaría explicarte un poco esa respuesta, no es tan sencillo, luego más tarde te contesto.

■

Uf, qué pregunta…, ¿para qué es? Tengo dos respuestas: La familia es todo aquello que amo, las personas junto a las cuales me he sentido crecer, que no tienen por qué conformar la familia biológica. La segunda: Es lo que me dio forma y cuerpo y a la que doy forma y cuerpo, en esto están contenidos aquellos males que puedo transformar en dones.

■

¡Hostias! Pensaba que era una cosa más sencilla, después de venir de estar diez días con mi madre: familia es igual a prisión.

■

Un lugar del que se quiere salir pero al que se desea entrar: es un constructo tan arraigado que cuando no la tienes deseas formar parte de una en esa relación ambivalente de entrada y salida pero incluso cuando creamos la nueva familia ideal en huida de la biológica deviene espacio cerrado con unas fronteras delimitadas. Me da risa cuando se convierte en ese ideal porque realmente no puedes escapar a ella.

■

¿Quieres que te responda aquí un titular?, ¿o es para la reflexión y hablarlo con una cerve? A ver… Mi madre dejó de hablarme hace tres años y yo no he querido subordinarme, es una relación de maltrato desde siempre diría yo…, es un poco largo de contar y corto al mismo tiempo. Tampoco me hablo nada o casi nada con mi hermano. Con mi padre he tenido una relación intensa y he sido su cuidadora, amiga, chacha… y una hija algo desapegada pero militante de no entender por qué los hijos varones siempre salen ganando.

—Uf, pues para mí representa un problema: es gente a la que quiero casi a ciegas aunque no me caiga bien y que muchas veces hace daño. ¿Para ti?
—Para mí es un aparato ideológico al servicio de un Estado que a su vez necesita de esta cédula para sostenerse y en donde confluye azarosamente alguna gente… que ha de convivir en su dramática estructura.
—Pues me das qué pensar, me cuesta verlo sin la pringue emocional. El tema de mi hermano y haber sido su cuidador hace que participe de eso aun sin querer.
—¿Cuidarlo te ha provocado conflicto o lo has hecho amorosamente?
—Me ha provocado mucho conflicto porque he sido policía y además tuve que rendir cuentas al resto de la familia. Un horror. Amor siempre hubo pero no empezó a expresarse hasta hace unos años.
Y tampoco escogí libremente el papel que se me adjudicó (nunca he dormido bien porque de niño me dijeron que tenía que escuchar a mi hermano para controlar que no le diese un ataque).

■

Es la pérdida de distancia, uno cree que tiene siempre el poder de manejar y faltarle al respeto al otro, de tratarlo como cuando tenía diez años por haber compartido espacio, cuando ya se ha crecido en vidas muy distintas. Entonces no se ve la degeneración de los seres, se piensa que el otro siempre va a tener diez y se actúa modularmente como si unx también los tuviera, las relaciones familiares se basan en esa ficción estancada.

■

Un lugar de fijación caracteriológica: «¡ya sabes cómo es tu hermano!», o bien eres el favorito y has de asumir el papel asignado. Tanto si eres el mimado como si eres el olvidado hay que abrir las ventanas porque es el sitio del que emanciparse y salir pitando.

—En buen momento me pillas, estoy dándole vueltas porque acabo de discutir con mi madre. Creo que entre padre y madre, de madres/padres a hijxs… raramente se dice la verdad, todo se atiene al deber ser, no se habla con las personas sino con sus roles. En mi experiencia es prácticamente imposible romper con ello, sólo en momentos breves sobre los que luego se vuelve a cerrar sobre sí.
—¿Sería en momentos de epifanía epiléptica?
—Sí, he pensado muchas veces drogar a mi madre.

■

No es como una cooperativa en donde nos asociamos de manera voluntaria, sino por intereses cortijeros que reproducen el sistema: dotes, propiedad, rango, jerarquía, herencias, favores, en una acumulación de capital frente a los cuidados. Supone la desactivación de otras formas creativas de vivir.

■

Holaa, qué complicado (y a la vez no, jejeje).
A mí me cuesta mucho no asociar la familia con cosas malas. Es el lugar del que escapar pero del que es muy difícil hacerlo porque hay aspectos de ese espacio que están dentro de una. Cómo experimentamos las emociones, cómo nos relacionamos con la gente…, aunque hayamos huido y estemos disociadas de ese vínculo. En lo general, es uno de los espacios en los que más se fortalece el egoísmo: «yo y los míos primero». Lo veo en lo más absurdo, cómo conseguir mesa en un bar, pero también en el desinterés absoluto por vidas que no sean del propio ámbito. Y aunque se diga lo contrario, es un espacio donde los afectos sinceros y las obligaciones están más mezclados: cosas que se hacen sin realmente querer, perdonar cualquier cosa, soportar maltratos, mentir descaradamente, incluso fingir el cariño que se supone has de sentir.

POEMA 2
en el lugar de pensar, penar
el malestar de la razón
donde lo familiar y extraño son cara y envés,
vampiro, doppelgänger, monströ, espectro
Idola cosm(orgón)ica,
cuando yo he hecho lo que he podrido
Re: COBERTURA TOTAL Protección familiar:
Apoyo integral
un colchón mullido con pinchos debajo
en soledad vivía y en soledad ha puesto ya su nido
Re: GARANTÍA ANTIOCUPACIÓN Instalación
gratis pensando en todas las necesidades de tu
hogar

la familia, en definitiva, me remite a algo… y la mala noticia es que de momento es lo que tenemos, mucho construir otras cosas pero sigue ahí y su línea del tiempo es veneración-temor-odio

La película era: *¿Qué es la familia para ti o qué representa?*

RESPUESTA 0: «Vine a Comala porque me dijeron…».

RESPUESTA 1: *¿Sueñan las ovejas con androides eléctricos?*

RESPUESTA 2: «He conseguido captar algo de la belleza y la felicidad que podía haber ahí».

Bordando especulativamente: la mentira del pasado que nunca fue, la utopía de futuro que será

Alba M. Gálvez-Vidal (elle/ella/él)

Desde sus orígenes, la historia de la humanidad ha estado ligada al desarrollo de los textiles, presentes en muchos mitos fundacionales y cosmogónicos a lo largo y ancho del mundo: desde las moiras griegas o las parcas romanas, hasta la azteca *Cipactónal*, la maya *Ix'chel* o *Mama Malkua* en la actual Colombia; pasando por el mito de *Aracne*, la diosa egipcia *Tait* o la china *Zhi Nu*. También en muchas partes del mundo el desarrollo del tejido ha permitido la creación de determinados lenguajes como, por ejemplo, los quipus andinos (no en vano las palabras *texto* y *textil* vienen, de hecho, de la misma raíz del latín *textere*, tejer); y, a menudo, la confección de textiles ha sido sinónimo de progreso y civilización en muchas culturas.

A pesar de ello, los textiles y, en particular, el bordado, han sido tradicionalmente considerados un arte menor, pues a lo largo de la historia se fueron convirtiendo, especialmente en Occidente, en una herramienta perpetuadora de la feminidad heteronormada y hegemónica que conseguía relegar a la mujer a los espacios privados, lejos de los asuntos públicos y, por tanto, políticos. Sin embargo, el bordado ha poseído siempre cierto potencial de herramienta subversiva. Primero, por ser un instrumento evocador, creador de futuros: porque se bordaba el ajuar para la vida imaginada, se bordaban prendas para las futuras criaturas, y se bordaba incluso el futuro último: la mortaja. También, en segundo lugar, porque permitía la reunión de las mujeres en torno a la labor y, por tanto, la creación de un espacio cómplice de confesión y comadreo que permitía la socialización y la politización. Así, siguiendo la estela de Mariana Pineda, a quien Lorca dedicó una obra, y de las sufragistas estadounidenses, que ya en 1909 bordaron un texto/textil de denuncia y posicionamiento político; el bordado se ha ido convirtiendo progresivamente en sujeto y objeto político en muchas partes del mundo. Las madres y abuelas de la Plaza de Mayo, en Argentina, son sin duda uno de los ejemplos más conocidos, bordando los nombres de sus seres queridos desaparecidos durante la dictadura en sus pañuelos blancos; pero hay muchos otros ejemplos, como las mujeres de *The Feminist Art History Collective* en Reino Unido, que empezaron en los

setenta a bordar sus consignas políticas en defensa de la sexualidad femenina, el trabajo y los derechos reproductivos; el colectivo *Bordamos feminicidios* en México; la colectiva argentina *Bordamos disidencias*; el proyecto artivista *Fanzinealogías queer* (que humildemente llevo a cabo con Andrés Viedma), y otras muchas activistas feministas –como recoge María Alcaraz (2016)[1]– que utilizan el bordado de manera política: Billie Zangewa (Malawi), Ghada Amer (Egipto), María Alejandra Garzón (Colombia), Rosana Paulino (Brasil) o Pilar Albarracín (España), entre muchas otras.

Al poner cuerpo y mente al servicio de aguja e hilo con una intención política, llevamos a cabo un ejercicio dialéctico. Tejemos una conversación entre el pasado heredado de nuestras abuelas y sus aprendizajes, entre la construcción de los futuros que ellas se bordaron, y los que queremos crear para nosotres: proyectamos la consigna política, la utopía anhelada. Cada puntada se convierte así en un ejercicio performativo creador de futuro, un futuro distinto al de ellas, uno que (ojalá) haya superado el patriarcado, el capital, y todas sus dinámicas colonialistas, clasistas, capacitistas, racistas, machistas, queerfóbicas…

Es evidente que en este acto performativo de bordarnos en presente, de tejernos –como en cualquier otro ejercicio militante– tendemos a mentirnos para mantener el aliento y la fuerza; porque creemos firmemente que otros futuros son posibles y que esa ficción especulativa nos llevará a ser capaces de crearlos. Imagino entonces ser capaz también de (re)crear una contrahistoria

[1] ALCARAZ FRASQUET, María (2016) Tirar del hilo. Una aproximación al bordado subversivo, *Revista Sonda: Investigación y Docencia en las Artes y Letras*, nº 5, pp. 18-43.

[2] ANZALDÚA, Gloria ([1987] 2021) *Borderlands/ La frontera: the new mestiza* (Trad. Carmen del Valle), Capitán Swing, p. 146.

esperanzadora, de mentirnos para imaginar otros pasados posibles, de (re)contarnos historias que fueron (o no) grandes mentiras. O que siguen siéndolo. Activemos una hermenéutica especulativa: reinterpretemos desde la ficción los pasados que nunca fueron para poder pensar y crear otros futuros. Fantaseemos, contémonos mentiras deliberadamente porque, como dijo Gloria Anzaldúa[2]: «Nada sucede en el mundo real a menos que suceda primero en las imágenes dentro de nuestra mente» y, si somos capaces de narrarnos otros pasados, seremos capaces de crearnos otros futuros.

Observo estas fotos sobre las que imagino y bordo historias usando el dedal de mi abuela… Es ahora el turno de les lectores de enhebrar aguja e hilo, de elegir qué pasado quieren creer, de decidir sobre el presente y el futuro de estas personas: ¿Son mentiras en un pasado utópico? ¿Acaso mentiras contadas para poder sobrevivir? ¿Son verdades a medias? ¿Siguen siendo verdades? ¿Son anhelos de un futuro imaginado?

Mintámonos.

*La técnica utilizada es bordado sobre papel. No se ha podido localizar la autoría de las fotografías, todas ellas han sido adquiridas en el mercado de antigüedades que todos los domingos se sitúa en el Plano de San Francisco (Murcia).

De amistades, mentiras y aprendizajes

Sofía Sofosa (ella/elle)

No recuerdo cuándo nos miramos o hablamos por primera vez. Fue antes de los seis años. Nos volvimos inseparables, inventando un universo que nos pertenecía sólo a nosotras. Éramos mejores amigas. No hacían falta más explicaciones.

En primero y segundo de primaria nos sentábamos en parejas. Durante un tiempo nos sentamos juntas y después la tutora decidió que no; no entendí bien por qué. Más adelante, en medio de una clase, una pregunta de la profesora me recorrió la columna vertebral como una hilera interminable de hielos: «Sofía, ¿qué pasa, que si no estás sentada con Carla no eres feliz?». Silencio. Todas las miradas en mí. No entendía la pregunta, no sabía qué responder, me ardían las mejillas, un manantial a punto de brotar por mis ojos. «Pasan demasiado tiempo juntas», le dijo a mi madre. Aquel día fue el inicio de un desmoronamiento. Como en el juego Jenga de la torre de piezas de madera, alguien quitó una y por unos segundos hubo un pequeño temblor; pero la estructura resistió.

A menudo vomitaba después de estar en su casa. Mi madre y mi padre intentaban desentrañar el porqué, pero yo no sabía ponerle palabras y no estaba tan extendido el término somatización. El ambiente allí era tenso, una atmósfera asfixiante de control y órdenes. La vida de Carla estaba totalmente pautada y organizada por su madre: cuándo hacer deberes, cuándo leer, a qué jugar y cómo.

El último curso de primaria coincidió con la cuarta edición de Operación Triunfo. Teníamos diez, once años. Yo adoraba a Edurne, guardaba todas las entrevistas y fotos que encontraba. Quería cantar, bailar, ser como ella (con los años entendí que fue uno de mis primeros *crushes*). Mi padre me grabó la actuación de *These boots are made for walking*. Aprendí la coreografía viendo el vídeo, parando, practicando y vuelta a empezar. Durante el recreo Carla y yo la bailábamos en los soportales. Unas niñas más pequeñas empezaron a unirse. La profesora de educación física nos vio un día y nos propuso que bailásemos en la fiesta de final de curso. Yo había detestado educación física todos esos años; asumía que era torpe, que no-era-lo-mío. Y, de pronto, la mismísima profe veía en nuestra coreografía algo digno de poner en valor y mostrar al resto del colegio. Estaba emocionadísima.

Había visto con mi abuela alguna que otra telenovela y de pronto la madre de mi amiga me parecía uno de esos personajes retorcidos y falsos que parecían pertenecer a la ficción.

La madre de Carla no opinó lo mismo y propagó entre las madres de las otras niñas que yo les estaba enseñando un baile provocativo, que las estaba sexualizando. La tía de otro amigo nos contó entonces que la madre de Carla había estado yendo cada año a hablar con el profesorado para intentar separarnos. Hija de dos personas que no habían ido a la universidad, yo no era una buena influencia. La torre del Jenga se desplomó y entendí tantas cosas... Comprendí aquella pregunta, el ambiente de la casa, las comparaciones entre ambas, la competición que intentaba insuflarnos para ver quién sacaba mejores notas, quién escribía el mejor poema, quién era más alta, más guapa y más delgada.

Íbamos a ir al mismo instituto, sin nadie más de nuestra clase. Con toda la información, mi madre me dejó decidir qué hacer: ¿Ir al mismo centro que Carla o ir al que iban la mayoría de niñes de mi clase? Mi intuición me decía que algo no encajaba en que la madre de Carla hubiera estado seis años intentando separarnos y a la vez quisiera que fuéramos al mismo instituto. Carla era muy, muy tímida pero conmigo le resultaba más fácil conocer a otres, socializar. Había visto con mi abuela alguna que otra telenovela y de pronto la madre de mi amiga me parecía uno de esos personajes retorcidos y falsos que parecían pertenecer a la ficción.

Hice caso a mi intuición y en el nuevo instituto conocí a Alba. Cartas que van y vienen, mismas asignaturas preferidas, libros, series de televisión, pop rock francés… Mejores Amigas Para Siempre (MAPS). Llorábamos de la risa, mucho, muchísimo. Ninguna de las dos éramos especialmente ocurrentes o graciosas pero creo que no he vuelto a tener tantos ataques de risa con alguien. Todo emoción, cambios, hormonas, impulsos, pactos, no existía eso de la toxicidad. Te dabas entera a tus amigas, sin pensarlo.

Pero en bachillerato se nos empezaron a desprender piecitas de la torre. Notaba su envidia por las becas de verano o por echarme novio; pero no sabía cómo reaccionar. Hasta que un día, después de salir de fiesta, dormí en su casa y al despertarme no me dirigía la palabra. Al escribir desconcertada a una de nuestras amigas, me explicó que días atrás Alba había estado criticándome por enrollarme con un montón de chicos después de dejarlo con mi primer novio, por estar comportándome como una puta. Mi confianza se hizo añicos.

Intentamos hablarlo, torpemente, pero no había manera de reunir los trocitos desperdigados por el suelo y volver a sentirnos como antes. Jamás supe por qué lloró en la cena de la graduación. Recuerdo sus lágrimas atravesándome como espadas. Pero estábamos muy, muy lejos. Era imposible intentar sostenerla y llegar a sus adentros.

Soñé con Alba durante años. Siempre con una reconciliación. Con volver a tener quince años y pasar las tardes enteras delante de un batido de chocolate de medio litro. Ya en la facultad, volvimos a intentarlo. Pero había tantas barreras... No dimos con las coordenadas de esa reconstrucción.

Tengo *la mala costumbre* de darle muchas vueltas a las cosas. A veces es útil, porque hay bastantes hechos que no responden a una sola causa. Rascas y rascas y descubres un montón de mentiras: creer que hay relaciones para siempre, que por ser la madre de alguien tienes derecho a manejar su vida, que quien no fue a la universidad es inferior, que las personas adultas tienen la razón sólo por ser mayores, que la crítica de mi amiga era algo individual y no estructural.

Crecimos con Disney, *Crepúsculo* y *A tres metros sobre el cielo* diciéndonos lo desgarrador, lo doloroso, lo inevitable de ese primer amor que nos llevaría a lo más alto y a lo más bajo. Pero ¿y nuestras amigas? ¿Qué pasa con esas rupturas? De niña, de adolescente, dos relatos a mi alrededor: uno en el que las verdaderas amistades simplemente están ahí para toda la vida, porque sí. Otro en el que se asume que la pareja y, quizás, la descendencia ocuparán la centralidad de la existencia y las amistades serán complementos de ese núcleo.

Por suerte, ahora se empieza a hablar, a escribir sobre las amistades. Tenemos teoría pero también historias, como bien dice Elisa Coll[1]. Todo un entramado para desmontar lo que nos contaron e inventar nuestros relatos. Abrir las puertas, ventanas y casas a la seguridad; a la ilusión en cada reencuentro; a las cosquillas de sus risas; a querer ser un refugio; a no sentirnos juzgades; a las ganas de contar anécdotas, rayadas, reflexiones, buenas noticias y errores; a asumir que habrá conflictos y afrontarlos; a disculparse y saber perdonar; a flexibilizar; a que todes podemos hacer daño; a la distancia; a pedir ayuda, a ofrecerla.

A escuchar, no sólo las palabras, para aprender a cuidar.

[1] COLL, Elisa (2024) «Se nos está yendo de las manos lo de la amistad». En *Pikara Magazine* [www.pikaramagazine.com]

Otra bibliografía interesante sobre amistades:

COLL, Elisa (2023) *Nosotras vinimos tarde*. Granada, Amor de Madre.

GUASCH, Pol (2024) *En las manos, el paraíso quema*. Barcelona, Anagrama.

LIZARRAGA, Cristina (2023) *Best friends 4ever.* Bilbao, Pikara Magazine.

VVAA (2024) *(h)amor 9 amigas*. Madrid, Continta Me Tienes.

ZELVIN, Gabrielle (2023) *Mañana, mañana y mañana*. Madrid, Alianza de Novelas.

¿Por qué mentimos?

Sara Alvarez, Maya K'iche' de Guatemala (ella)

La mentira y su uso

Cuando pensamos en la mentira, surgen tantas preguntas… Claro es que no nacemos con esta habilidad, la aprendemos con el tiempo. En el camino de la vida nos enseñan a mentir y lo entrenamos. Al inicio se nos dice que son «mentiras piadosas», sin embargo, este ejercicio se vuelve cada vez más complejo y con intenciones muy diversas. Te invito a que recuerdes la última vez que mentiste y por qué lo hiciste. Seguramente hay más de una razón.

Una primera es que queremos evitar dañar a alguien diciéndole claramente lo que sentimos o pensamos, ocultando o diciendo algo falso para no lastimar. Por otro lado, mentimos para protegernos a nosotrxs mismxs, para no vulnerabilizarnos, para no afectar nuestra imagen, por el qué dirán. Usamos la mentira como mecanismo para no decir nuestra verdad, porque tal vez nos avergüenza o no podemos sostenerla. En idioma Maya K'iche' decimos *tz'istaj*, que sería algo así como «tu palabra no es verdad», que alude a que hay una verdad que no se dice.

Mentimos para evitar consecuencias o no responsabilizarnos. También, para conseguir lo que queremos, para manipular, para caer bien, porque pensamos que, diciendo la verdad, no conseguiremos nuestros objetivos, no nos van aceptar o se nos va a juzgar. Mentimos para chantajear, para tener ganancias sobre otrxs. Hemos construido un mundo donde mentir es algo «normal, adaptativo o necesario», porque lo más importante es el fin.

También mentimos para hacer sentir bien a otras personas, para animarlas. A veces incluso mentimos por diversión. O mentimos para ser políticamente correctas, según las normas sociales, culturales, etc.

Hemos construido un mundo donde mentir es algo «normal, adaptativo o necesario», porque lo más importante es el fin.

Las mentiras no son sólo estrategias individuales, hay mentiras que se convierten en creencias falsas que contribuyen a generar desigualdades y daños a colectividades, como las mentiras que ayudan a sostener el racismo o la superioridad de unas cosmovisiones sobre otras. Mentir es entonces un acto intencional, usado en los discursos de la política partidista o en los medios de comunicación (las llamadas *fake news*).

¿Te has preguntado qué tanto usas la mentira en tu vida de pareja, laboral, familiar, social, cultural, etc.?, ¿qué tanto necesitamos usarlas, nos benefician o contribuyen a que tengamos una vida falsa? Mucha gente miente sobre su edad, su estado civil, su trabajo, para aparentar, creando una mentira alrededor de quien es, ocultando algo verdadero de sí mismx. ¿Esto es algo que queremos seguir construyendo? Actualmente las redes sociales nos han llevado a otro nivel, se miente no sólo sobre datos, sino sobre la apariencia, retocando fotos, videos, incluso la voz. ¿A qué nos llevará vivir en un mundo rodeado de falsedades acerca de quienes somos?

¿Yo me miento?

Hasta ahora hemos hablado de la mentira con y hacia otrxs, sin embargo, también podemos preguntarnos si nos mentimos a nosotrxs mismxs, consciente o inconscientemente. Cuántxs nos decimos que la opinión de alguien sobre nosotrxs, que no nos tomen en cuenta o que no nos hablen con respeto no es tan importante. Nos decimos «no importa, no es para tanto» y así va pasando la vida, ocultándonos lo que sentimos, pensamos y queremos hacer, no dándonos valor o justificando el no poner límites. Sin embargo, nuestro cuerpo, que lo delata todo, tiene reacciones físicas y sensaciones corporales que evidencian que lo que nos decimos es mentira y que realmente nos afecta.

Como dice la neurocientífica Nazareth Castellanos, el cuerpo ya sabe lo que la mente aún no se ha dado cuenta. Por eso, nuestra postura, nuestra manera de relacionarnos, nuestras reacciones y comportamientos o gestos muchas veces son incoherentes con las palabras que salen de nuestra boca y, queramos o no, se nota que estamos mintiendo. El experto en Bioneuroemoción Enric Corbera dice que «la mente habla desde las creencias y desde lo aprendido, mientras que el cuerpo habla desde el inconsciente, manifestando tus verdaderas emociones y sensaciones».[1]

Sin embargo, aunque nuestro cuerpo exprese su verdad, nos desconectamos de él, no le hacemos caso, lo ignoramos y mentimos generando ideas y palabras incoherentes. La neurociencia ha demostrado que el cerebro entonces baraja dos respuestas que crean un conflicto y tiene que suprimir la verdadera, lo que supone un esfuerzo.

Eso sí, esto cambia con el entrenamiento y una persona acostumbrada a mentir es más difícil de detectar.[2] Según el consejo mexicano de neurociencias (2021) «la mentira hace trabajar al cerebro de un modo diferente. Quien empieza con las pequeñas mentiras y hace de ellas un hábito, induce al cerebro a un estado progresivo de desensibilización. Poco a poco, las grandes mentiras duelen menos y se convierten en un estilo de vida».[3]

Por ello es tan profundo preguntarnos qué emoción o sentimientos nos llevan a mentir, qué hay detrás: ¿acaso es miedo, vergüenza, inseguridad, culpa, estrés, ansiedad a ser diferentes, a ser quienes somos, a sostener nuestra verdad? ¿Miedo al rechazo, a ser juzgadas, vergüenza por pensar o sentir diferente?

Por otro lado, luego de mentir, qué sentimos: ¿satisfacción porque hemos eludido una responsabilidad, hemos evitado lastimar a alguien, hemos dejado de sostener una verdad incómoda? ¿O preocupación, estrés por tener que mantener la mentira a largo plazo y pensar en sus efectos?

Pocas veces nos damos el tiempo de reflexionar sobre lo cotidiano, como mentir. Como muchas cosas en esta vida humana, las mentiras tienen luces y sombras, se pueden poner al servicio de la vida o de la muerte. En la cosmovisión maya Kab'awil, el ave de dos cabezas, nos recuerda que algo puede ser útil para la vida o que nos lleve a destruirla, dependiendo del uso que hagamos. La invitación es a reflexionar qué tanto ocupa la mentira en nuestras vidas y entornos, y si esto está generando bienestar o no, a nosotras y a otras personas, recordando que somos seres interdependientes y responsables de lo que socialmente generamos.

[1] EPICURISTA, «El cuerpo nunca miente» [https://filosomi.com/blog]
[2] SANZ, Elena (2016) «A mentir se aprende», en Heraldo [www.heraldo.es]
[3] CONSEJO MEXICANO NEUROCIENCIAS (2021) «Las mentiras y el cerebro» [www.consejomexicanodeneurociencias.org]

Mejor corto de ficción

Marro (ella)

A mis amigas, que salimos del armario del orgasmo fingido, tarde, pero con una buena patada en la puerta y un buen *acting* de zorras.

Aplausos.

La ganadora se da un pico con su acompañante de la izquierda y, seguidamente, se levanta para ir a recoger su premio. La voz del comentarista televisivo se superpone a los aplausos en un afán de llenar el tiempo que dura el recorrido: «Era una candidata como otra cualquiera, las encuestas no la apuntaban como ganadora de esta categoría». Los gritos y silbidos de algún familiar rompen el protocolo de cómo debería ser una celebración sin excesivo sobresalto. Altos cargos políticos son invitados cada año a mantener la compostura, sobre todo, cuando la gente aprovecha los agradecimientos para hacer dedicatorias a su malhacer en materia de política social.

El comentarista complementa lo que acaba de pasar: «El conjunto elegido para la ocasión es manejable y holgado, más propio de un evento diurno». Bajo la mirada del público presente y con un ligero trote de alegría, la protagonista asciende los siete escalones que separan el patio de butacas del escenario. El narrador vuelve a interrumpir esta carrera hacia la recompensa con observaciones que nadie requiere: «Sin duda, este galardón ha sido toda una sorpresa. Para construir su personaje se inspiró en alguien granuja, campechana y con tintes de cotidianidad; más próximo a la vida real de lo que cualquier hombre podría pensar… Ahí está, la escuchamos». Le otorga el premio otra compañera respetada y admirada dentro de la profesión, y las dos se abrazan cómplices y risueñas como si sólo ellas supieran, de verdad, lo que está pasando.

La ganadora se sopla el flequillo con la doble función de mejorar su visión y, por qué no, también de recuperar el aliento.

¡Uf, qué nervios! –Son sus primeras palabras. Y sigue– Sé que tengo poco tiempo, pero no quiero dejarme a nadie.

Gracias, gracias de verdad.

Empiezo por mis compañeras nominadas, esto no sería posible sin vosotras, que cada día sois inspiración y representación de tantas mentiras… o fingimientos, como le gusta llamarle a la gente de la academia.

A la productora, por darme la oportunidad de realizar uno de los papeles más fáciles de mi vida y que me ha dado tantos éxitos en mi carrera profesional.

A la directora, por confiar en que fingiría el mejor orgasmo que nunca llegó.

Al equipo de guion, que sé que no se lo puse nada fácil, pero me dejaron hacer sin frenos ni cortes hasta calentarme como una moto vieja, como diría mi amiga murcianica.

Al personal de *catering*, porque ya saben que ahí no había embuste ninguno.

A mi madre, pues, sin su mentira piadosa, yo no estaría en este mundo. Gracias, mami.

A Meg Ryan en *Cuando Harry encontró a Sally*, porque nunca fue tan sexy ni tan gratificante comer un sandwich delante de un jodido mentiroso de verdad.

A mis amigas, que salimos del armario del orgasmo fingido, tarde, pero con una buena patada en la puerta y un buen *acting* de zorras.

A las heteros y no tan heteros, fuente de creación cada día.

A todos y cada uno de los tíos cis, heteros o bisexuales, a quienes, cuando yo ya no tenía más ganas de follar, mi mentira les sirvió como campanita de Pávlov. Es que no falla…

A los que sospecharon que era mentira pero no tuvieron herramientas para comprobarlo. Periodo refractario lo llama la academia.

A los que sospecharon que era mentira pero no tuvieron herramientas para comprobarlo. Periodo refractario lo llama la academia.

Gracias también a esas caras que sonríen incómodamente al ladito, en la cama, cuando el orgasmo llega contigo misma y tus propios cachivaches. –Suspira para coger aire–.

Pero ya sabéis que toda gracia tiene su desdicha. Y junto a mis compañeras nominadas, queremos mandar un mensaje de urgencia a la academia: podemos representar otros personajes y esto sólo depende de ustedes. Por favor. –Aplausos y primer plano al político de moda–. Somos actrices, no complacemos gratis y no sólo existimos para vuestro placer masculino. Nuestro placer nunca estará relegado al vuestro. –Más aplausos–. Tenemos pezones –enseña uno sin dar tiempo a que se pixele la imagen–, antebrazos, nuca y pies pendientes de ser chupados, investiguen más allá de nuestros genitales. –Aplausos y enfoque a las caras de las otras nominadas–. ¿Y sabéis por qué no he acabado aún? Porque no se ha corrido el hombre cishetero, no, no, si no, esto ya habría llegado a su fin. –Más aplausos y gritos alterados llenan el teatro–.

Ahora sí, compañeras, personas asistentes, gracias por escucharnos. Miembros de la academia, no se asusten, mentimos y seguiremos mintiendo por placer y diversión. Aunque confesamos que tardamos muchos polvos en aprender a separar el personaje de la persona. –Se generan más aplausos en lo que pareciera ser la última intervención. Entonces se dirige a su acompañante de asiento; el regidor de cámara, ágil, lo enfoca–. Y churri, no te rayes, que los tuyos son siempre de verdad. –El público ríe y estalla en aplausos–.

Suena la música de cabecera de la gala y se da paso a unos apresurados anuncios que no permiten reflexionar a la audiencia, en general, sobre la vida, pero, especialmente, sobre lo que acaba de ocurrir en la televisión de sus casas.

TEST MADEJAPOP: ¿cuáles son tus mentiras para ser una «buena feminista»?

Irene Blanco Fuente (ella/elle)

Bienvenides a esta reapropiación madejil de los test de la *Bravo* y la *SuperPop* que, como canta Putochinomaricón, nos indican quiénes somos con mucha precisión. En realidad mejor no te lo tomes demasiado en serio, que puede que todo lo que diga este test sea mentira o que a veces necesitemos algunas mentirijllas para sobrevivir en nuestros feminismos.

1. Esta tarde tienes una asamblea importante de tu colectivo y tienes cero unidades de ganas de ir. Sucede que…

a) Te haces un selfie demacrada y marchita en el sofá, cara descompuesta, ojos de gatito de Shrek, manta de cuadros hasta las orejas, el Goya pa ti, reina. «Lo siento, me encuentro fatal y no voy a poder ir, me pongo al día con el acta», emoticonos de corazón vendado vienen y van como la marea pero tú ya te has ido lejos, exactamente a la última temporada de *Drag Race*.

b) Vas. Vas porque no te ves capaz de no presentarte y porque otra mamarracha te ha robado ya la excusa de la enfermedad repentina. Vas en modo perfil bajo, capucha puesta estilo dementor, piernas cruzadas y mirada perdida, hasta que misteriosamente te mimetizas con las sombras de la sala y de repente, chas, bomba de humo que luego justificas con alguna urgencia inventada.

c) Te presentas puntual porque, si no, te mueres de culpa, y sabes que te castigarías jugando en bucle a *Feminismos reunidos* hasta acertar todas las respuestas. Para sorpresa de nadie hay varias ausencias, pero como te va la marcha y sois pocas, te ofreces para tomar el acta, que luego pasarás a limpio exactamente a las once y media de la noche. ¿Y la mentira? Pues a ti misme, cariño, que hoy dijiste que te acostarías pronto.

2. Vas a la presentación de un libro en ese espacio cultureta feminista que tanto te apasiona. ¿Te has leído el libro? No. ¿Es esto importante? Por supuesto, porque…

a) Te quedas en un riguroso silencio de monja de clausura sin hacer demasiados aspavientos, a ver si así tu nula expresividad se confunde con la de intelectual gafapasta muerta por dentro y no con que no entiendes un carajo de lo que están hablando. En las cañas de después eres esa presencia misteriosa que, mientras el resto habla, se come todos los aperitivos para soportar la chapa, pero mira, cena check y a otra cosa mariposa.

b) Todes tus amigues se han leído el libro y no te puedes quedar atrás, la presión grupal es dura, pero es que literalmente la presentación es mañana, ¿cuándo te lo vas a leer, eh, dime, cuándo? Si ni lo tienes en casa, maricón. Entonces cometes el pecado supremo de comprártelo por Amazon para leértelo en diagonal subrayando líneas al azar. Por supuesto, dirás que te lo has comprado en la librería de tu barrio.

c) Haces como que te lo has leído, jiji, ¡sorpresa! Durante la charla asientes como si no hubiera un mañana, tanto que pareces un perrito de los que se ponen en el salpicadero del coche, «este capítulo es increíble, sí, ajam, me recuerda a su otra obra, sí, ¿cómo se llamaba?, espera que: ME LO INVENTO». Si te envalentonas hasta participas en el coloquio, agárrame el cubata, no digo más.

• • • •

3. Estás en medio de una conversación en la que se critica el capitalismo, la hiperproductividad y el agotamiento generalizado. Intervienes para decir que…

a) El trabajo no define nuestra identidad. Pero tú, mi pobre alma en desgracia, padeces un *workalcoholism* de manual y lo sabes, lo que pasa es que como te dedicas al ámbito de lo social tu adicción parece más justificada. Eres ese correíto amable repleto de emoticonos cuquis que llega por la noche o en medio del finde pidiendo tareas, esa persona incansable del equipo siempre dispuesta a echar más horas (y que espera que el resto lo haga también, claro), porque esto lo haces ya casi por activismo, dices mientras te cuelgas la medalla del compromiso sin saber que también tienes un diploma en explotación laboral contemporánea.

b) Estás totalmente de acuerdo y para ti es una prioridad ver cómo abordar estos temas en el trabajo. Pones como ejemplo la última formación que organizaron en tu empresa, lo útiles que fueron aquellas pautas de *mindfulness* y las estupendas dinámicas grupales que permitieron desdibujar las jerarquías y que sólo fueseis seres de luz en conexión interespacial limando las asperezas de vuestra mierda de curro. Lo que no cuentas es que fue una formación obligatoria fuera del horario laboral, eso te lo quedas pa ti pa siempre porque duele.

c) Abajo el trabajo, que estas dinámicas nos ahogan, que tú has aprendido muy bien a poner límites y blablablá. Lo dices con el rostro serio y la voz convencida, intentando no pensar en que militas en tres colectivos diferentes, formas parte de un grupo de consumo, vas a cerámica porque te ayuda con el estrés, clases de ashtanga yoga, buenísimo para las cervicales, una media de 15 planes sociales a la semana y un FOMO que te tiene taquicárdica, pastillita pa dormir porque qué nervios, cafetazo pa despertar porque qué sueño.

• • • •

4. Hablando de relaciones…

a) Asistes a un encuentro sobre no monogamias y ves a esa persona que tan bien conoces desplegando todo su carisma y capital social, enlazando discursos perfectamente hilados, aunque en la práctica ni sopa para la vecina ni salmorejo para las amigas ni potaje de garbanzos para la Vasallo. Todes le aplauden y tú te diluyes en la masa, aunque sabes que tiene una colección de cadáveres emocionales bajo la alfombra.

b) Llevas 10 años en terapia y te has comido a tu psicóloga. Cada vez que surge un conflicto con alguien ya no sabes si eres tú o es ella la que habla, porque no dudas en desplegar toda la artillería terminológica para derribar a tu adversarie. Mientes cuando dices que no te crees superior al resto por este callo de diván, pero cuando te plantas en terapia de pareja por primera vez sucede el mayor *plot twist* de tu vida: ¡la *red flag* eres tú!

c) ¿Recuerdas lo que dijo Jorge Javier Vázquez, aquello de «si pasas una mala racha, no te folles a un facha»? Fuiste público fiel de *Sálvame Deluxe* pero en esto has fallado, churri. Guardarás este pecado capital en el cajón de mierda por los siglos de los siglos amén, y no confesarás ni aunque te lo pida la misma Belén Esteban en riguroso directo.

• • • •

Mi queride mentirose, hasta aquí llega esta sesión de polígrafo. Descubre cuántos puntos del carnet feminista te han sido retirados.

Con estos datos rigurosos en la mano, te invito a comprobar qué personaja de la serie Paquita Salas eres según tu nivel de trolas. ¿Y por qué Paquita, te preguntarás? Pues porque es la serie de confort de quien escribe y algún gustito tendré que darme. Espero que hayas disfrutado este viaje surfeando por tus maravillosos embustes. Y no lo olvides: entre broma y broma, la verdad más chisporroteante asoma.

PUNTUACIÓN

1. a=3 b=2 c=1
2. a=1 b=3 c=2
3. a=2 b=1 c=3
4. a=1 b=2 c=3

A) De 10 a 12 puntos. Noemí Argüelles. Mira, te lo voy a decir, la amiga mentirosa eres tú. A ti no te tiembla el pulso para enlazar una bola tras otra y quedarte tan a gusto. Tu nivel de creatividad es tan grande que te merecerías un *spin off* de la serie donde dar rienda suelta a tus engaños.

B) De 7 a 9 puntos: Paquita Salas. Has dicho algunas mentiras pero no has matado a nadie. A Noemí no le llegas ni a la altura del betún en este arte, aunque tú también le echas morro a la vida, vas de que no tanto, pero sí. A lo mejor te sientes un pelín mal, pero con una tapa de torreznos veganos se te pasa.

C) De 4 a 6 puntos: Magüi. ¿Que si eres víctima de las mentiras de otres? Evidentemente. Cariño, tú haces lo que puedes para sobrevivir en este mar de embustes, pero llevas tatuado «emosido engañado» en la frente. Te invito a mentir un poquito más para que se compense la cosa, que no parece que el resto vaya a bajarse de este carro.

El cuerpo nunca engaña

Simona Frabotta (ella)

Escribe Nora Ephron que, de todas las partes del cuerpo de una mujer que delatan su edad, el cuello es la principal, aunque «por suerte» con pañuelos y cuellos vueltos se medio consigue seguir ocultando el estado decadente de nuestra piel.
Desde que lo leí no puedo parar de mirarme en el espejo preguntándome por qué esa parte de mi cuerpo ha decidido tomar la delantera en el implacable camino hacia la decadencia.
Desgraciadamente, al cuello le seguirán los párpados, las manchas en la piel… y lo que mi compañera de trabajo inglesa dice que se llaman *bingo wings*, literalmente, «alas del bingo».
Para entenderlo hay que ponerse en situación: cogemos un cartón de bingo, levantamos la mano e imaginamos haber ganado, agitando fuerte el cartón en el aire. En ese momento, la parte de abajo de tu brazo empezará a ondear delatando implacablemente la flacidez de tus tejidos. El fenómeno es directamente proporcional al número de tus años e inversamente proporcional a las horas que vas al gimnasio.

Un día eres joven y al otro…
Mi amiga Ana me convence para que me apunte a Tinder y así darle una última oportunidad a mi vida amorosa, diciéndome que ahora las mujeres maduras estamos de moda y somos el nuevo sueño erótico llamado MILF. Os ahorro la pereza de todo el proceso de hacer un perfil y mirar el de los tíos, pues todo es muy tedioso hasta que encuentro a Pablo. Es informático y lo tiene todo: es gracioso, ocurrente, atractivo (también es cierto que con el tiempo he rebajado drásticamente mis expectativas hacia los hombres). Lo tiene todo, decía, incluso veintiocho años. ¿Y yo? Yo tengo cuarenta y algo. Le digo que se me dan mal las cuentas y que en el fondo da igual, que creo que la edad es algo que está en la cabeza…

Me dice que no los aparento. Gracias, muy amable… (muy amable por dejarme entender que es mejor no ser lo que soy). Cuando a los pocos días deja de contestarme y me hace *ghosting*, mi amiga Ana me dice que es porque lxs jóvenes hoy en día son todos unxs narcisistas… De los de mi edad ni hablar, están muy resentidos, parece que con el paso del tiempo hemos traicionado sus expectativas. Quizás porque nos hemos dado cuenta de que no los necesitamos.

Confieso que mirando por la noche *First Dates*, al ver a alguien con mi edad, pienso no sin cierta satisfacción: «Yo estoy mucho mejor, dónde vamos a parar».

Ni un pelo de vieja
Leo en las redes que la gente está muy disgustada porque Keanu Reeves se ha echado una novia mayor, la artista Alexandra Grant. Él, que con sus magníficos cincuenta y nueve años podría estar prácticamente con cualquier mujer, se conforma con una que «parece su madre», que tiene… cincuenta y un años. O sea, espera, ¡tiene ocho años menos! Pero ¿por qué piensan que es su madre? ¿Por su pelo blanco?

Yo también me dejé el pelo blanco, en la pandemia, aprovechando que no tenía que salir de casa. A mi vecina Paqui, de casi ochenta años, le encanta: «¡te queda divino!», me dice. Sin embargo, ella lo lleva teñido de castaño y, cuando la animo a que se deje las canas, se niega: «tú eres joven, yo, con el pelo blanco parecería una vieja». Y parecer una vieja es lo que hay que evitar. Es imposible liberarse de todas las opresiones a la vez: puedes llevar el pelo blanco, pero no ser vieja, ni gorda, ni peluda. Eso de la liberación ¡que no se nos vaya de las manos! «En realidad —afirma Paqui al final de nuestra conversación en la acera de casa— cuando eres joven estás siempre guapa».

Siento cierto desconcierto: a los cincuenta tendré que hacerme algo para seguir pareciendo joven, ¿quizás un tatuaje?

Yo también me dejé el pelo blanco, en la pandemia, aprovechando que no tenía que salir de casa. A mi vecina Paqui, de casi 80 años, le encanta: «¡te queda divino!», me dice. Sin embargo, ella lo lleva teñido de castaño y, cuando la animo a que se deje las canas, se niega: «tú eres joven, yo, con el pelo blanco parecería una vieja». Y parecer una vieja es lo que hay que evitar.

Me cuesta un capital
Según la escritora Catherine Hakim, las mujeres, para aspirar a tener el poder, necesitamos ser ricas o cultas, tener amistades o contactos importantes, o ser atractivas. Según la autora, esta última posibilidad, que ella define como capital erótico, resulta ser la más disidente, porque es imprevisible, independiente de las demás y gratis. *Spoiler*: se acaba muy pronto y como no tengas la vida asegurada por uno de los demás «activos», la cosa se complica. En fin, tenemos que ser sexis por encima de nuestras posibilidades.

Con eso en la cabeza y a estas alturas de la vida, me veo obligada a buscar trabajo, porque la última empresa en la que estuve se encontraba en «apuros económicos» y tuvo que «prescindir dolorosamente de mí». Intento respirar profundamente varias veces seguidas antes de ponerme a actualizar mi currículum para asomarme al excitante mercado laboral español. Nombre, apellido, fecha de nacimiento: ehm, ¿es tan necesario este dato? Es decir, tengo mucha experiencia en mi ámbito, he acumulado muchísimos títulos, ¿es necesario que sepan mi edad? No, igual hoy en día ya no. Aunque echan las cuentas y van a deducir que ya no soy esa chica con total disponibilidad geográfica, temporal y hasta moral que muchas empresas buscan. Mejor voy a mirar qué oposiciones salen este año, quizás ser funcionaria no esté tan mal.

Bienvenida a la vida adulta, espero que te guste el ibuprofeno
¿En qué momento las reuniones con mis amigas se han convertido en la sala de espera del centro de salud? Artrosis, artritis, ciática, colesterol. ¡No quiero saber qué significan esas cosas! ¡No voy a buscar en google «ácido hialurónico»! Alguna se plantea contratar un seguro privado para tener el privilegio de una sanidad eficiente, ya que teme que la pública la abandone en el momento menos indicado, otras sopesan la posibilidad de un plan privado de jubilación. ¿Has dicho *jubilación*?

Lo siento por las demás, pero yo tengo que reconocer que estoy bien, llevo una alimentación equilibrada y si voy al gimnasio es por verme mejor. Prácticamente no he cambiado mi estilo de vida: ni silla en la playa, ni gafas de cerca, ni maletas con ruedas. Todavía soy capaz de llenar una mochila e irme a viajar por Tailandia y si sólo me voy una semana a Cádiz es porque estoy en contra de la turistificación de los países emergentes. Si la juventud es aquel momento de la vida en el que no te duele nada, no sé vosotras, pero yo sigo allí.

Sé tu mejor versión

Sara González Sánchez (she/ella)
@sarainfluencer

Preludio

Como si de una obra magna se tratase —pero teniendo en cuenta que no soy ninguna erudita y estoy lejos de ser una persona seria—, os adelanto que el texto que vais a leer es irónico y radiante como un ojete dibujado con tres palitos que se cruzan entre sí. Trata sobre las mentiras del día a día que nos cuentan —¡o que nos contamos!— que son necesarias para una vida plena y digna de ser vivida. Una vida de *verdad*. La primera en la frente. Pocas frases me dan tanto asco como «ganarse la vida», ¡ni que hubiera que justificar el hecho de estar en este mundo si no es en base a nuestra producción! Espero que os guste y, si queréis, me lo contáis.

El día a día nos llena de distracciones, ruido, quehaceres que nos van alejando y van difuminando nuestro potencial como personas exitosas, así que, aquí te traigo cinco consejos para que, de una vez por todas, consigas tus objetivos y logres ser *tu mejor versión*.

Sal de tu zona de confort

Todes sabemos que la magia es lo que ocurre ahí fuera y no espanzurrade en el sofá después de llegar de tu trabajo precario que apenas te deja ganas de vivir. Si no te gusta algo, ¡cámbialo! El dinero se va, pero *tú* nunca serás más joven de lo que eres hoy. No pierdas más el tiempo y ¡corta por lo sano sin pensarlo! Ya luego veremos quién paga el alquiler que te han vuelto a subir.

Esfuérzate más

Bill Gates empezó en un garaje, ¿acaso es mejor que tú? Échale ganas a la vida, siempre puedes hacer un poco más. Aunque tengas que trabajar, o estés maternando, o tengas gente dependiente a tu cargo, o problemas de salud... si puedes soñarlo, puedes hacerlo. Haz una lista con personas exitosas (y sácalas de contexto para ver sólo sus logros), para que te motiven día a día con tus objetivos. Un empujoncito más y ¡seguro que logras todo lo que te propongas!

Mejora tus hábitos

Éste es otro punto clave que te ayudará a conseguir tus objetivos: una buena rutina. Te dejo la que sigo yo, sencillita y con pocos pasos. Si consigues hacerla durante veintiún días, será ya un hábito adquirido muy difícil de quebrantar: me levanto a las seis, me hago el *skincare* con productos bio, escribo tres páginas de pensamientos para que no me chafen el día, hago un poco de yoga para estirar, algo de cardio para activarme, desayuno gachas de avena, chía y frutas y cojo mi agenda para organizarme el día y empezarlo con todo hecho. ¿Que en qué trabajo? Eso no se le pregunta a una señorita, je, je.

Come saludable

Ya lo decían los estoicos: *mens sana in corpore sano*. Yo para esto, como no soy profesional, mejor te recomiendo a uno: Charly Fríos. Vas a flipar, será como despertar de Matrix (quizás en una unidad de TCA, pero, oye, ya sabes qué dicen: ¡para estar guape hay que sufrir!).

Fluye

La incertidumbre es el nuevo escenario de la modernidad, así que, chique, no te estreses tanto o te saldrán arrugas. ¿No sabes cuándo vas a cobrar? ¿Te inquieta qué es lo que tienes con tu casi algo? ¿Tu jefe te pide más y más? Fluye... Lo que tenga que ser, será, fluye como un río. ¿O acaso no se refería a esto Bauman con lo de «líquido»?

Bonus: viaja

Si bien este último punto no es necesario, es lo que va a marcar la diferencia entre quien eres y lo más importante: ¡cómo te ven les demás! Viajar abre la mente y te cambia la vida. A mí, desde luego que viajar a África me hizo ver las cosas de otro modo (lo mismo da Oagadugú que Dakkar, ya sabes, como si África fuera un país). Te recomiendo que si no tienes mucho dinero te decantes por países más pobres que el tuyo y te alojes en casa de gente que arriende habitaciones. Si les aprietas un poco, ¡fijo que consigues un buen descuento!

¡Anímate! Te aseguro que todo esto que te cuento FUNCIONA. Así es como yo misma, después de mucho empeño a base de ensayo y error conseguí ser mi mejor versión, siguiendo estos sencillos pasos que te regalo para que TÚ también lo logres y aumentes tu autoestima (~~que yo básicamente recuperé después de dejar la tesis, un curro de mierda, ir mucho tiempo a terapia, sacarme todas esas puñeteras mentiras de la cabeza y dejarme arropar por la vulnerabilidad, la alegría de estar viva y las amigas~~).

Cronología incompleta de las mentiras sobre nuestros cuerpos.

Listado de «enfermedades» inventadas para evitar que practicáramos deporte

Ana Pastor (ella)

A lo largo de la historia, se han inventado o exagerado ciertas «enfermedades» y condiciones médicas con el propósito de desincentivar y, en muchos casos, evitar que las mujeres practicáramos deporte. Estas ideas erróneas, a menudo basadas en prejuicios y falta de conocimiento científico, contribuyeron a la exclusión de las mujeres del ámbito deportivo.

Recopilo aquí una cronología incompleta de las mentiras sobre nuestros cuerpos que no pretende ser exhaustiva, sino reflejo de los numerosos argumentos fisiológicos erróneos y sin base científica que durante siglos se han usado para justificar nuestra exclusión de las prácticas deportivas.

«Histeria»
(Siglo XIX-principios del siglo XX)

La histeria era un diagnóstico psiquiátrico ampliamente utilizado para describir una serie de síntomas emocionales y psicológicos en mujeres, como ansiedad, irritabilidad y desmayos. Su diagnóstico se utilizó para justificar la limitación de la participación de las mujeres en varios ámbitos de la vida, incluidos los deportes. Se pensaba que el ejercicio intenso y el estrés asociado a su práctica podían exacerbar esta condición. Se perpetuó así la idea de que las mujeres eran emocionalmente inestables y no aptas para el estrés físico o mental de los deportes. Su impacto fue profundo porque influyó en la percepción general sobre la capacidad de las mujeres para realizar actividades competitivas o intensas. De este modo, se restringió su participación, especialmente en deportes de contacto como el fútbol y el rugby, que implicaban un estrés físico y emocional considerable.

«Síndrome de cara de bicicleta»
(Finales del siglo XIX)

El doctor A. Shadwell escribió en 1897 por primera vez sobre él en un artículo publicado en el *National Review*, una revista de amplio prestigio en la época. La creencia de que el uso de la bicicleta podía causar problemas de salud llevó a la exclusión de mujeres de este deporte, especialmente en sus primeras etapas de popularización. Los síntomas de esta «enfermedad» eran, entre otros: cara en tensión, ojos desorbitados, mandíbula apretada, labios demacrados y rostro enrojecido. Todos estos signos no eran indicadores de ninguna enfermedad, sino el resultado del esfuerzo propio de realizar la actividad. Por desgracia, estas ideas calaron en la población limitando la participación de las mujeres en el ciclismo.

«Prolapso uterino»
(Finales del siglo XIX-principios del siglo XX)

Según los *expertos* las actividades físicas intensas, especialmente aquellas que implicaban impacto o esfuerzo, podían causar el prolapso del útero. Por tanto, el impacto repetitivo era visto como un riesgo para la salud pélvica y reproductiva,

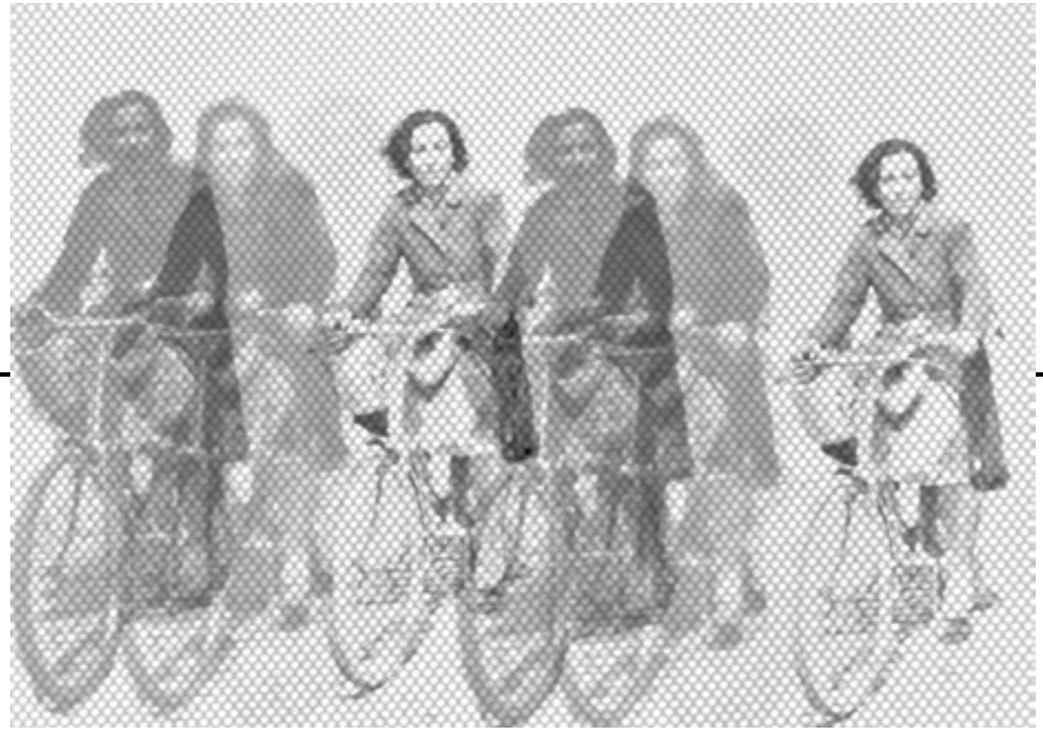


ILUSTRACIÓN | *Irene Bebop (ella)*

hecho que, además, reforzó el estereotipo de que las mujeres tenían una constitución física más débil. De este modo, se restringió la práctica del atletismo y otros deportes que involucraban correr, saltar y levantar pesos. Su influencia fue considerable en la primera mitad del siglo XX, cuando las mujeres comenzaron a ingresar más activamente en el ámbito deportivo.

«Desplazamiento de los órganos internos»
(Principios-mediados del siglo XX)

Durante gran parte del s. XX, se creía que deportes como la gimnasia, que implican movimientos bruscos, saltos, acrobacias o flexiones extremas podían causar el desplazamiento de órganos internos como el corazón o el estómago. Esta teoría no tenía base científica sólida, pero se utilizó para restringir la participación de mujeres en la gimnasia.

Este listado evidencia cómo los prejuicios y la limitada comprensión científica, marcada por un enfoque androcéntrico, dieron lugar a explicaciones médicas erróneas que justificaron la exclusión de las mujeres de diversas prácticas deportivas a lo largo de la historia. Afortunadamente, muchas de estas creencias han sido desacreditadas, sustituidas por un enfoque más riguroso que promueve la inclusión. Estas ideas, que perpetuaron mitos sobre la «fragilidad» femenina, reflejan una combinación de prejuicios sociales, desconocimiento médico y resistencia al cambio. Gracias a los avances en la medicina del deporte y a la creciente participación de las mujeres en todas las disciplinas estos obstáculos han sido superados en gran medida. Sin embargo, no podemos relajarnos, queda mucho por hacer, estos ejemplos muestran cómo el patriarcado a través de un legado médico ha intentado frenar a las mujeres, independientemente de si encajan o no con la visión eurocéntrica y binarista de lo que es «ser mujer» y nos recuerdan la importancia de cuestionar cualquier intento de frenar su potencial.

Sospechemos todas cuando nos digan que no podemos.

La construcción de la verdad: de certezas inamovibles a realidades diversas

Zoe Garcia Castaño (él/elle)

¿Qué entendemos por mentira? Según la real academia española (la minúscula en real, academia y española es a propósito) es lo siguiente:
f. Expresión o manifestación contraria a lo que se sabe, se piensa o se siente.
f. Cosa que no es verdad.

Si, en consecuencia, buscamos la definición de verdad la respuesta es:
f. Propiedad que tiene una cosa de mantenerse siempre la misma sin mutación alguna.
f. Juicio o proposición que no se puede negar racionalmente.
f. Cualidad de veraz.
f. realidad (‖ *existencia real de algo*).

Es decir, que la verdad, a criterio del grupo de señores que deciden el significado de las palabras en este país, es un hecho innegable, real, cierto en sí mismo, indudable. Pero ¿qué pasa si ponemos en duda la veracidad de lo verdadero?, ¿qué ocurre si analizamos cuánta verdad existe en lo cierto?, ¿cuánto de innegable es lo que generalmente se considera verdad? Pues que probablemente descubramos alguna que otra mentira.

La mentira, históricamente, ha sido una herramienta de normativización de las realidades disidentes. Pero, para comprender esto, empezaremos por el principio: ¿Existe una verdad absoluta? ¿Está la realidad determinada de forma inamovible? Si le preguntamos a cualquier persona que se dedique a la física

¿Qué pasa si ponemos en duda la veracidad de lo verdadero?, ¿qué ocurre si analizamos cuánta verdad existe en lo cierto?, ¿cuánto de innegable es lo que generalmente se considera verdad?

podrá asegurarnos que la realidad es un conjunto de espacios vacíos, dudas e indeterminaciones; mirad al pobre gato de Schrödinger, vivo y muerto a la vez. Pero parece que cuando hablamos de conceptos como la identidad de género, el sexo, la orientación sexual, romántica o afectiva, la expresión de género, la neurodivergencia, la racialización u otras categorías socialmente oprimidas, la realidad se determina de forma imperativa, inamovible e incuestionable. El gato muere o vive, pero no existe la opción de la concurrencia de las dos realidades.

Pero, ¿por qué si en los laboratorios de física más avanzados ya se habla de realidades paralelas, indeterminadas e imprevisibles, en la cotidianidad y el día a día el género que se asigna a una persona al nacer es intocable y automáticamente determinado por sus características genitales? Pues, efectivamente, por una necesidad de orden social.

Las realidades ambiguas y diversas son difícilmente clasificables y ordenables y, en consecuencia, también difícilmente controlables. Por contra, las identidades homogéneas y estandarizadas son fácilmente manejables y dirigibles. Así pues, una realidad material ambigua, diversa e indeterminada es un material poco manejable para la tríada capitalismo-colonialismo-patriarcado, que se ha encargado históricamente de trabajar día y noche para la homogeneización y estandarización de las personas. En este punto surge la pregunta: ¿cómo se ha realizado esta ardua tarea de moldear, apretar y encajonar a todas y cada una de las personas para que se asimilen al máximo al modelo normativo? Y también, ¿cuál es este modelo normativo y en base a qué criterio ha sido elegido?

Responderé a la segunda antes que a la primera. El modelo de persona normativa es el de persona cis, hetero, endosex[1], alosex[2], romántica, no disca, no loca, blanca, europea, occidental y delgada, entre muchas otras características privilegiadas. De esta persona se espera que establezca un vínculo sexo-romántico con una persona del género opuesto con quien comparta vivienda, lavadora, secadora, lavavajillas multifunción, perro o gato (a elegir) e hijes. En este vínculo, el sistema sexo-género se encargará de que haya un hombre educado para desempeñar una función productiva (trabajar, ganar dinero) y una mujer que sepa realizar una función reproductiva (criar y cuidar para que el resto produzcan).

Y todo esto, ¿por qué? Para lograr la mayor capacidad productiva y de consumo: si cada unidad familiar aislada del resto compra una casa y una lavadora, el beneficio es mayor que si se crea una comunidad donde se comparte lavadora. Del mismo modo, si cada unidad familiar aislada necesita consumir a estos niveles, también deberá producir lo suficiente para sostenerse en el aislamiento, es decir, trabajar lo suficiente para poder comprarse el último modelo de lavavajillas, a poder ser más chulo, nuevo y reluciente que el de la

[1] Las personas endosex son aquellas que nacen con unas características genitales, hormonales, cromosómicas, gonadales y, en general, con unas características mal llamadas sexuales que encajan dentro de la construcción social y médica binaria de los sexos. Es decir, que una persona endosex es aquella cuyo cuerpo puede encajar como «macho» o «hembra». Por contra, las personas intersex son aquellas que tienen corporalidades que no encajan en este binomio y, por ello, sufren violencia LGTBIfóbica en forma de violencia médica, invisibilización y un larguísimo etcétera.

[2] Las personas alosexuales son aquellas que sienten atracción sexual de forma socialmente leída como normativa, por lo contrario, las personas que forman parte del espectro asexual no sienten atracción sexual por otras personas o bien no la sienten de forma normativa, es decir, sólo sienten atracción sexual en contextos muy específicos o bajo condiciones muy concretas.

¿Por qué si en los laboratorios de física más avanzados ya se habla de realidades paralelas, indeterminadas e imprevisibles, en la cotidianidad y el día a día el género que se asigna a una persona al nacer es intocable y automáticamente determinado por sus características genitales?

vecina del cuarto. Además, si cada unidad familiar está compuesta por un padre que trabaje y una madre que tenga hijes y les cuide, esto permitirá producir nuevos seres humanos que, en un futuro, acaben produciendo también para comprar nuevos lavavajillas que sustituyan los antiguos que, pese a no estar estropeados, habrán quedado obsoletos.

Una vez comprendida la función de la necesidad sistémica de homogeneización social podemos afrontar la primera pregunta. ¿Cómo? A través de la mentira. Algunas de las grandes mentiras que el sistema ha utilizado para mantenerse a flote y sostener un orden social altamente productivo son, entre otras: el famoso «tiene vulva, ¡es una niña!», con su equivalente «tiene pene, ¡es un niño!», el conocido «los niños no lloran» o «las niñas son más empáticas», el maravilloso «los niños tienen el cerebro preparado para jugar a la pelota y las niñas a las muñecas» que me soltó un profesor en el primer año de la carrera de biología en la UAB, o el que suena en todos los hospitales de nuestro país y tantos otros, que es «este genital es muy ambiguo, hay que operar». Con el fin de obedecer a estos embustes, se juega al recorta y pega con cuerpos disidentes, se violenta a les niñes para que moldeen sus deseos, gustos e identidades, se agrede a les adultes que, pese a tal presión, no han pasado por el aro, se invisibiliza a les que no hay forma de hacer encajar y se sigue mintiendo para sostener a flote el barco.

Pero ¿por qué hablo de mentiras? Si recordamos la definición de la rae, se considera mentira toda aquella afirmación contraria a lo que se sabe, se piensa o se siente. ¿No está mintiendo la comunidad científica cuando dice que el género es biológico cuando existen estudios que demuestran científicamente el carácter social de éste? Una investigación[3] publicada a principios del 2023 y desarrollada por profesionales de la neurociencia, entre otres, demuestra que las diferencias neurológicas entre hombres y mujeres aparecen en contextos socioculturales en los que hay diferencias sociales y/o de derechos, probando que las diferencias entre el cerebro de hombres y mujeres aparecen a causa de las diferencias sociales y no al revés. ¿No debería saber ya de sobra la ciencia que los genitales no determinan el género? Las personas trans hemos existido a lo largo de la historia de la humanidad y cada vez se conocen más realidades disidentes en cuanto al género en momentos más antiguos de nuestra historia. ¿No se supone que tendría que tener la ciencia ya claro que las corporalidades intersex no son enfermas? Cada día, más personas intersex alzan la voz para hablar de las terribles consecuencias de las intervenciones en sus cuerpos que pretendían «curarles» y cada vez más personas intersex que se libraron de tales intervenciones explican lo afortunades que son de haber podido elegir sobre sus cuerpos.

¿Vamos a dejar, entonces, que el sistema nos siga mintiendo?

[3] ZUGMAN, André, ALLIENDE, Luz María, MEDEL, Vicente, y CROSSLEY, Nicolas A. (2023) Country-level gender inequality is associated with structural differences in the brains of women and men. *Proceedings of the National Academy of Sciences, 120 (20)*

Todas queremos ser un poco más mentirosas

Tatiana Romero (ella)

Llevo casi un año obsesionada con las mentiras. Es el mismo tiempo que llevo escribiendo un texto en el que la protagonista, una desclasada como muchas otras en el capitalismo, miente de forma compulsiva. Marina, que así la he bautizado en honor a Malintzin, la traductora indígena que acompañó a Hernan Cortés durante la «conquista» de México, miente desde que tiene memoria. De hecho, no sabe si esa memoria es también una mentira. No sabe distinguir lo que realmente sucedió de lo que su cabeza ha decidido construir como su pasado. No sabe si en algún recóndito espacio de su cerebro está acumulado todo lo que no recuerda y, en el peor de los momentos, saldrá como un grifo roto y no parará hasta inundarlo todo. Marina miente para ser aceptada, miente para no sentir dolor, miente como forma de construir su identidad. Elige lo que le sirve para la vida y lo que no le sirve no lo oculta, simplemente, lo elimina. Como si no existiera. Su vida no es mejor ni es peor por el hecho de mentir, sólo es la suya. Y es más suya porque ella la ha elegido. Construir una narración es eso, tejer una ficción tan verosímil que podría resultar verdad.

La idea de escribir sobre una persona que miente no es nueva. Las mentiras llevan ocupando a occidente desde siempre. Hablo de occidente porque es mi experiencia y también porque la moralidad occidental es el universal con el que se nos obliga a comportarnos. Para Kant, por ejemplo, el mentiroso atenta contra su propia condición humana al mentir, de ahí que abunden los relatos de castigos ejemplarizantes a quienes mienten.

Pensando en mi historia –la vital y la de Marina–, si hago memoria de las muchas telenovelas que vi en mi infancia y adolescencia en México, en todas había un personaje, siempre mujer, que siendo pobre se hacía pasar por rica. Recuerdo una que me marcó mucho porque, en cierta forma, retrataba mi propia vivencia como niña de clase media-baja en un colegio privado de la élite cultural mexicana. Se llamaba *Muchachitas*.

Había un personaje, Elena, la única racializada de las cuatro protagonistas, que venía de una familia de clase obrera, pero intentaba ocultarlo (es como poco curioso que, muchos años más tarde, en una inauguración, me confundieran con la actriz que

hizo ese personaje). Sus amigas eran tres jóvenes blancas y ricas con las que estudiaba actuación que parecían tenerlo todo (aunque ya sabemos que en las telenovelas las ricas también lloran). Elena se movía entre el asombro y la envidia. Supongo que cuando eres muy joven no alcanzas a entender por qué hay personas que poseen más que tú y te preguntas por qué no puedes obtener aunque sea una tercera parte de lo que disfrutan ellas, por qué no cuentas con una segunda residencia para pasar los fines de semana fuera de la ciudad, por qué no vives en los barrios donde ellas viven, por qué no puedes tener la ropa que ellas llevan, conducir los coches que manejan, viajar donde viajan.

Entonces lo más sencillo es mentir, intentar parecer una más incluso para pasar desapercibida, para no ser señalada. Lo perverso no es la mentira en sí, sino el sentimiento de vergüenza que produce la pobreza. En *Muchachitas* se castiga una y otra vez a Elena por querer ser lo que no es, o por ser justamente lo que sí es: pobre.

La hipocresía del capitalismo funciona así: por un lado, nos dicen que si nos esforzamos lo suficiente podemos montarnos en el ascensor social, pero, por el otro, nos recuerdan una y otra vez que hay mundos vetados para quienes no «se lo merecen». Curiosamente, quienes son dignos de merecerlo son los y las hijas de las élites, aquellas

La hipocresía del capitalismo funciona así: por un lado, nos dicen que si nos esforzamos lo suficiente podemos montarnos en el ascensor social, pero, por el otro, nos recuerdan una y otra vez que hay mundos vetados para quienes no «se lo merecen».

que según la meritocracia saben «aprovechar las oportunidades». Sin mentiras no habría movilidad social, porque qué es la meritocracia sino una mentira que regula las relaciones económicas y sociales. Cuando aprendes a moverte en ella con soltura se da el milagro del ascenso.

Esa mentira, a su vez, en sociedades poscoloniales como la mexicana, está entretejida con otra, la del mestizaje; porque no es baladí que Elena, la mentirosa de Muchachitas sea racializada. En México se nos ha contado que todas las que no somos blancas somos mestizas, lo que en realidad viene a decir que somos «medio blancas», que podemos acercarnos a la blanquitud. El mito fundacional nace de las entrañas de Malitzin/Marina y se llama Martín Cortés Malintzin, hijo primogénito de Hernán Cortés y uno de los primeros mestizos. El mestizaje sigue representando hasta nuestros días la premisa de que hay que mezclarnos con la blanquitud para «mejorar la raza».

La Marina que me he inventado, heredera de la Elena de mi infancia, surgió después de pensar

¿No será que lo que nos molesta de las mentiras no es la mentira en sí, sino quienes las dicen y para qué?

durante mucho tiempo cómo encarnar la idea de que el mestizaje es una mentira; porque Marina, como yo, es mestiza. Somos hijas bastardas de la blanquitud. Surgió de preguntarme: ¿por qué las mentiras individuales son tan condenables a ojos de la sociedad, pero no juzgamos del mismo modo a un sinnúmero de identidades nacionales basadas en mentiras mayúsculas? ¿Qué son los mitos fundacionales sino mentiras institucionalizadas? ¿Cómo funcionan las mentiras para sostener el contrato racial? Pero, sobre todo, ¿cómo se configura la relación con la mentira cuando se le inocula a todo un pueblo que debe querer ser algo que no es y, por tanto, fingir o aparentar? El resultado es un entramado de mentiras sociales e interpersonales que, en mi/nuestro caso, sostienen la negación fundacional del México independiente: «En México no hay racismo porque somos todos mestizos». Pero, cuidado, que la misma mentira funciona en la blanca Europa, que de blanca no tiene ni ha tenido nunca nada.

Según una investigación que cita el *New York Times*, los niños [y las niñas] que mienten tienen mejores «funciones ejecutivas», así como una capacidad intensificada para ver el mundo a través de los ojos de otros, «los pequeños mentirosos incluso son más equilibrados emocionalmente y adeptos socialmente», concluye la investigación[1].

Si las criaturas que mienten están mejor adaptadas a la sociedad, ¿no será así porque han aprendido las reglas del juego?

Todas queremos ser un poco más blancas y también un poco más ricas. Todas omitimos, suprimimos, exageramos o inventamos para acercarnos a eso que queremos ser y, si el ideal que se nos ha impuesto es en sí una mentira, ¿qué más da que mintamos para alcanzarlo? ¿No será que lo que nos molesta de las mentiras no es la mentira en sí, sino quienes las dicen y para qué?

En la telenovela de mi infancia la mentirosa termina en coma como un castigo a la transgresión, por fingir pertenecer a una clase que no era la suya. Pensar en ella y escribir sobre una mentirosa me ha llevado a la conclusión de que, en según qué espacios, las mentiras son un acto de sobrevivencia y que los juicios de valor no responden a ningún tipo de ética, sino al poder que otorga el privilegio y a la hipervigilancia basada en la mentira de la verdad.

[1] «Aunque no lo creas, es bueno que tu hijo diga mentiras», en The New York Times. [www.nytimes.com]

La tecnología nos hará libres

Irene García Roces, Patricia Dopazo Gallego y Olga García Roces (ellas)

Tecnología, progreso, modernidad. Son tres palabras asociadas, una lleva a la otra, habitan un imaginario muy parecido que se ha ido abriendo paso en nuestra cabeza. Un imaginario relativamente reciente. Nuestras abuelas, en muchos casos, supieron lo que es vivir sin teléfono, sin televisión y sin viajes baratos en avión. ¿Qué pensarían ellas de tecnologías domésticas, como la lavadora, que aparecieron en sus vidas prometiendo liberarlas de la opresión del trabajo del hogar? Las que vivían en zonas rurales lavaban la ropa directamente en el río o en alguna fuente. Era habitual el uso de lavaderos públicos en los pueblos, que eran espacios de reunión entre mujeres.

Por circunstancias de la vida, durante más de diez años, una de nosotras vivió en la Amazonía brasileña y tuvo que lavar la ropa a mano. En aquel momento, al contrario que muchas mujeres a su alrededor, no tenía hijes ni personas dependientes a su cargo. Sí tenía acceso a agua corriente en abundancia, algo que no es tan común en la zona; y lavar la ropa le permitía refrescarse un poco de los calores diurnos. En la región de la Amazonía noroccidental la lavadora es un electrodoméstico casi de lujo que las clases populares no pueden permitirse. Dicen que no valoramos las cosas hasta que las perdemos y ella llegó a soñar que aparecía una en su casa milagrosamente. Ella, que vivía su momento de chica blanca privilegiada que renuncia a los lujos materiales, no se imaginaba la vida sin algunos de ellos.

En una ocasión entrevistó a una mujer que había sido lavandera y lavaba la ropa de las familias de clase alta en el río. Había que cargar, seleccionar, frotar, enjabonar, aclarar la ropa, *recudir*, extender y secar. Hablaba con especial detalle del frío, tenía que pasar horas con el cuerpo mojado. Mientras, los señoritos aparecen en las fotos antiguas vestidos de un blanco impecable que impresiona por su luminosidad. Sin embargo, esta mujer consiguió sacar adelante a sus cinco hijes y crear junto a varias compañeras un sindicato de *lavandeiras* para luchar por sus derechos laborales.

> La reducción del tiempo y del esfuerzo asociados al trabajo de cuidados tiene más que ver con servicios públicos de calidad y con acceso universal a luz, gas o a agua potable que con las tecnologías domésticas adquiridas en el mercado.

Hace quince años mucha gente en la Amazonía no tenía lavadora y hoy sigue siendo una tecnología que no es accesible para una buena parte de la humanidad que sigue mayoritariamente lavando a mano.[1]

Las que escribimos este artículo intuimos, porque somos así de malpensadas, que esta tecnología no la inventaron unos señoros como forma de liberar a las mujeres. A pesar de ello, la promesa de liberación aparece en todas las campañas publicitarias relacionadas con ésta y con otras tecnologías domésticas. Cualquier búsqueda rápida en internet nos muestra un montón de artículos sobre lo importante que fue para las mujeres. Pero, si no se trata de un elemento liberador, ¿para qué aparece la lavadora? ¿Es otro de esos inventos que permiten que siga girando la rueda de la reproducción del capital?

En España, como en otros países, la lavadora aparece *casualmente* alrededor de los años cincuenta y sesenta, coincidiendo con una mayor incorporación de las mujeres al mercado laboral. Como ocurre con otras herramientas tecnológicas creadas en el capitalismo, ese cambio no transforma la división sexual del trabajo, sino que llega incluso a perjudicar a las mujeres, cada vez más precarizadas y las más pobres a nivel mundial.

La lavadora y otras tecnologías domésticas no suponen una reducción del tiempo que las mujeres dedicamos al trabajo de cuidados en los hogares. Simplifican algunas labores, pero el ahorro de tiempo total es limitado. Su diseño está basado en la idea del hogar como unidad de organización del trabajo de cuidado: cada casa debe tener su propia lavadora. Además, con las tecnologías domésticas también aparecen nuevas tareas y nuevos estándares de orden y limpieza que aumentan una vez más la carga de trabajo mal repartida que, en los hogares heteronormativos, recae en la mujer de la casa o en una más pobre a la que paga por reemplazarla.

Esto conlleva un uso cada vez más excesivo de productos tóxicos de limpieza que envenenan a las personas que los usan, sobre todo a aquellas que limpian para ganarse la vida, y también al río o al mar al que van a parar. Porque tenemos lavadora, cada vez lavamos más ropa y con más frecuencia.[2]

[1] VVAA (2019) «Las lavadoras y la libertad de las mujeres». En Enterarse [www.enterarse.com]

[2] PÉREZ, Inés (2019) «Aparatos domésticos y liberación femenina». En Ciencia Hoy, 28 (166) [cienciahoy.org.ar]

> Con las tecnologías domésticas también aparecen nuevas tareas y nuevos estándares de orden y limpieza que aumentan una vez más la carga de trabajo mal repartida que, en los hogares heteronormativos, recae en la mujer de la casa o en una más pobre a la que paga por reemplazarla.

Por otro lado, también se promueven nuevos patrones de consumo de ropa y textil, extendiéndose la compra compulsiva de productos a la vez que disminuye su calidad (de fibras naturales a fibras sintéticas). Todo esto está totalmente reñido con una noción básica de ecología y decrecimiento. Además, cada ciclo de lavado de una lavadora puede liberar más de 700.000 fibras de plástico microscópicas al medio ambiente. Es decir, estamos ante un problema ecológico serio.

Tampoco podemos olvidar que el capitalismo produce máquinas con obsolescencia programada que requieren de materiales extraídos mediante minería en territorios considerados *desechables*, a menudo sometidos a conflictos armados. Así, las lavadoras, como otras tecnologías contemporáneas, expropian y contaminan la tierra y el agua y, al mismo tiempo, explotan y contaminan los cuerpos de las comunidades que habitan estos territorios. La reducción del tiempo y del esfuerzo asociados al trabajo de cuidados tiene más que ver con servicios públicos de calidad y con acceso universal a luz, gas o a agua potable que con las tecnologías domésticas adquiridas en el mercado. Mientras el diseño, fabricación y comercialización de las tecnologías refuerce la división social y sexual del trabajo doméstico, y no mejore el acceso a servicios públicos como la educación, la sanidad o la dependencia, o no pensemos en formas colectivas para cuidarnos que superen la familia normativa y los hogares, difícilmente podremos reducir el tiempo que las mujeres dedicamos cotidianamente a las tareas del hogar. Necesitamos, como cuenta Judy Wajcman, una tecnología feminista que asegure el cuidado de la naturaleza y supere la explotación patriarcal de los cuerpos subalternos. Que nos haga más autónomas y no más dependientes. Una tecnología que ponga la vida en el centro.

Otras referencias relacionadas con nuestro artículo:

NAVARRO, Toni y HESTER, Helen (2023) «Hay mucho interés académico en la robótica pero apenas en la lavadora».
En Pikara Magazine
[www.pikaramagazine.com]

OLIVIERA SÁNCHEZ, Laura (2021) «El mito de la superwoman y la historia de los electrodomésticos».
En Sen Enderezo [senenderezo.com]

WAJCMAN, Judy (2006)
El tecnofeminismo. Madrid:
Ediciones Cátedra.

Había una vez…

Alejandra Ntutumu (ella)

Mi historia

Mi historia es probablemente la de muches niñes infrarrepresentades o mal representades del mundo. Me llamo Alejandra (Evui) Salmerón Ntutumu. Soy ingeniera de telecomunicaciones. Nací y me crié en la Región de Murcia con mi madre y mis dos hermanas mayores, y es por eso que no dejo de repetir «bonico», «bonica» y tengo un acento donde me como las eses. Muy joven y con el corazón partido, mi madre vino desde Guinea Ecuatorial a estudiar y vivir a España con su DNI español. Eran tiempos en los que el pequeño país centro-africano aún era provincia española. Mi mamá no vino sola, trajo consigo una fuerte herencia cultural: el poder mágico de la palabra y de los cuentos africanos.

Cuando era pequeña, mi mamá siempre me contaba hermosas historias al caer el Sol. Historias maravillosas sobre una tierra lejana con enormes árboles y pícaras tortugas capaces de hablar y de vencer con su astucia al leopardo, torpe e impulsivo. Cuentos africanos sobre una tierra rica con sabios y sabias, príncipes y princesas y, por supuesto, reyes y reinas.

Estas historias eran el alimento de un imaginario alternativo que mi madre usaba como contranarrativa de las imágenes de los medios y los libros que nos recomendaban leer en el cole o encontrábamos en las librerías, donde prácticamente no aparecían personas negras. Y, si aparecían personas afro, siempre estaban relacionadas con lo mismo: miseria, colonización y esclavitud.

Por aquella época, recuerdo preguntar: «Mamá, ¿dónde están las princesas, las heroínas, las científicas, las exploradoras negras en mis libros?». Yo quería ser ingeniera, escritora, ¡viajar por todo el mundo! Pero, claro, las ingenieras, las escritoras, las exploradoras que encontraba en mis libros, no eran como yo. Así que muy pronto fui consciente de la importancia que tiene la representación en la autoestima de los y las peques. Y precisamente por eso mi sueño siempre ha sido poder crear un mundo de fantasía inspirado en los cuentos africanos que mi madre me contaba de niña. De ese sueño nace un proyecto editorial llamado Potopoto con varios afrocuentos[1]. De ese sueño se nutre el principio de mi historia como niña afroespañola.

El peligro de la historia única o cómo no ver «el otro lado de la montaña»

Las historias se convierten en conocimiento y son la materia con la cual construimos nuestra cosmovisión, que a su vez queda reflejada en los libros. Pero, si en nuestras historias y libros, no somos capaces de representar la diversidad del mundo, lo que acabaremos haciendo es desvirtuar la verdad. Como dice la escritora Chimamanda Ngozi Adichie, los estereotipos puede que no sean falsos,

[1] *El viaje de Ilombe* (2017), *Las hermanas Mangue y otros cuentos infantiles africanos* (2023) y *Mina* (2023). Más información en www.potopoto.es

El poder de las historias radica en el arte de la posibilidad, el poder de influir en lo que nos rodea a través de lo que podemos imaginar.

pero son incompletos, pues convierten un relato en el único relato».

Recientemente, Minna Salami, en *El otro lado de la montaña*, nos cuenta una historia fascinante para empezar a desempolvar una visión alternativa del mundo. Una visión invisibilizada y negada por una sociedad «heteropatriarcal, imperialista y supremacista blanca», tal y como la definía bell hooks. La historia dice así:

Un día dos exploradores deciden hacer un viaje en busca de unas riquezas naturales que, según dicen, se alojan a los pies de una remota montaña. El primero se topa con un terreno árido e inhóspito y niega la existencia de ninguna riqueza en ese lugar. El segundo toma un camino diferente y, al otro lado de la misma montaña, encuentra una frondosa vegetación con enormes árboles y plantas. Ambos descubrimientos no podrían ser más dispares. Y, sin embargo, ésa es la belleza de nuestra sociedad, que no es sólo una montaña, sino muchas montañas, pues muchos y diversos son los paisajes y las personas que se alojan en nuestro mundo. Por tanto, si vivimos en un mundo donde la diversidad es lo habitual, ¿no deberíamos entender que igual de diversa debe ser la producción cultural?

Niños, niñas y niñes necesitan cuentos para entenderse y entender el mundo

El poder de las historias radica en el arte de la posibilidad, el poder de influir en lo que nos rodea a través de lo que podemos imaginar. Desde tiempos inmemoriales el arte de contar historias ha sido utilizado para transmitir conocimientos, y ha sido y sigue siendo una fuente de sabiduría. El escritor nativo americano Natachee Scott Momaday decía: «Somos nuestras representaciones (...). Nuestra misma existencia consiste en las imágenes que nos hacemos de nosotros mismos (...). Lo peor que puede sucedernos es que no haya representaciones de nosotros». O, como dice Lydia Mba, ilustradora afrodescendiente: «Si no nos muestran imágenes que nos representen como somos, pensamos que lo bonito es lo otro».

Niños, niñas y niñes conforman sus identidades y su autoestima en base a la observación del mundo y a su posicionamiento y reconocimiento en él. Los cuentos pueden ser espejos para su propio reconocimiento en positivo y ventanas que les ayuden a explorar la diversidad del mundo a través de historias alejadas del relato único.

No dejes que mueran las hadas (negras)

Y, para acabar, no podía faltar un cuento. Fatou quería ser la protagonista en la obra de teatro del colegio. Pero, otra vez, habían elegido a María. «¿Dónde has visto tú que existan las hadas negras, Fatou?», le decía María. Y Fatou no podía hacer otra cosa más que bajar la cabecita de rizos negros apretados y callar. En los libros que le compraban o le recomendaban leer en el cole, todas las hadas que veía tenían la piel del color de la cuajada y el pelo liso del color del trigo. En las películas que le dejaban ver en la tele o el cine, otro tanto de lo mismo.

«No, las hadas negras no existen», pensaba Fatou. «Las niñas negras no pueden volar usando polvo mágico de colores».

Y así acabaría el cuento si dejáramos que Fatou siguiera pensando que las hadas negras no existen. Decía Peter Pan que: «Cada vez que un niño o una niña dice *No creo en las hadas*, en algún lugar hay un hada que muere». En este caso, muere un hada negra. Así que, repite muy alto conmigo para que sigan existiendo las hadas: ¡Yo sí creo en las hadas! ¡Yo sí creo en las hadas negras! ¡Yo sí creo en las hadas! Y colorín colorado, este cuento… ¿Se ha acabado?

Crucigrama *queer*

Loreto @zines.ares

Si nunca has hecho crucigramas puede que no conozcas algunos de los códigos que facilitan resolver parte de las pistas. Puedes lanzarte igualmente o leer estos truquitos para que entiendas mejor los puzzles.

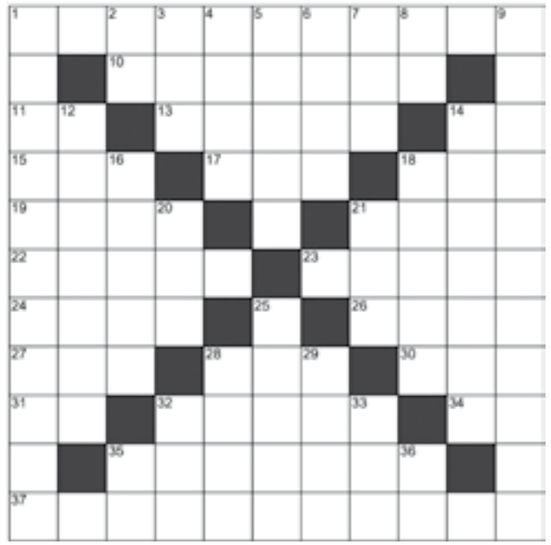
Muchas veces se utilizan acrónimos o iniciales. La pista «Asociación de Señores Mentirosos» tendría ASM como solución, o «En la firma de Anna Karenina» sería AK. Éstas, tan sencillas, nos ayudan a tener letras con las que cruzar otras palabras más complicadas.

En ocasiones se insinúa que algo empieza, acaba, o está alrededor de otra cosa, para referirse así a las primeras letras, las últimas letras, o la primera y última. Por ejemplo, «Salida de emergencia» sería la A, la última letra de *emergencia*, y la solución a «Los bordes de la pizza» sería PA, primera y última letra de *pizza*. Si a una palabra le acompaña el adjetivo *confuso, mareada, liado...*, es posible que estemos buscando un anagrama. También puede haber referencias a puntos cardinales para referirse al principio o al final de una palabra o a su dirección en el puzzle.

Este tipo de crucigramas, cuya solución se encuentra incluida en las pistas, son lo que se conoce como crípticos, y aunque estos sean algunos de sus códigos, en realidad la creatividad no tiene límites.

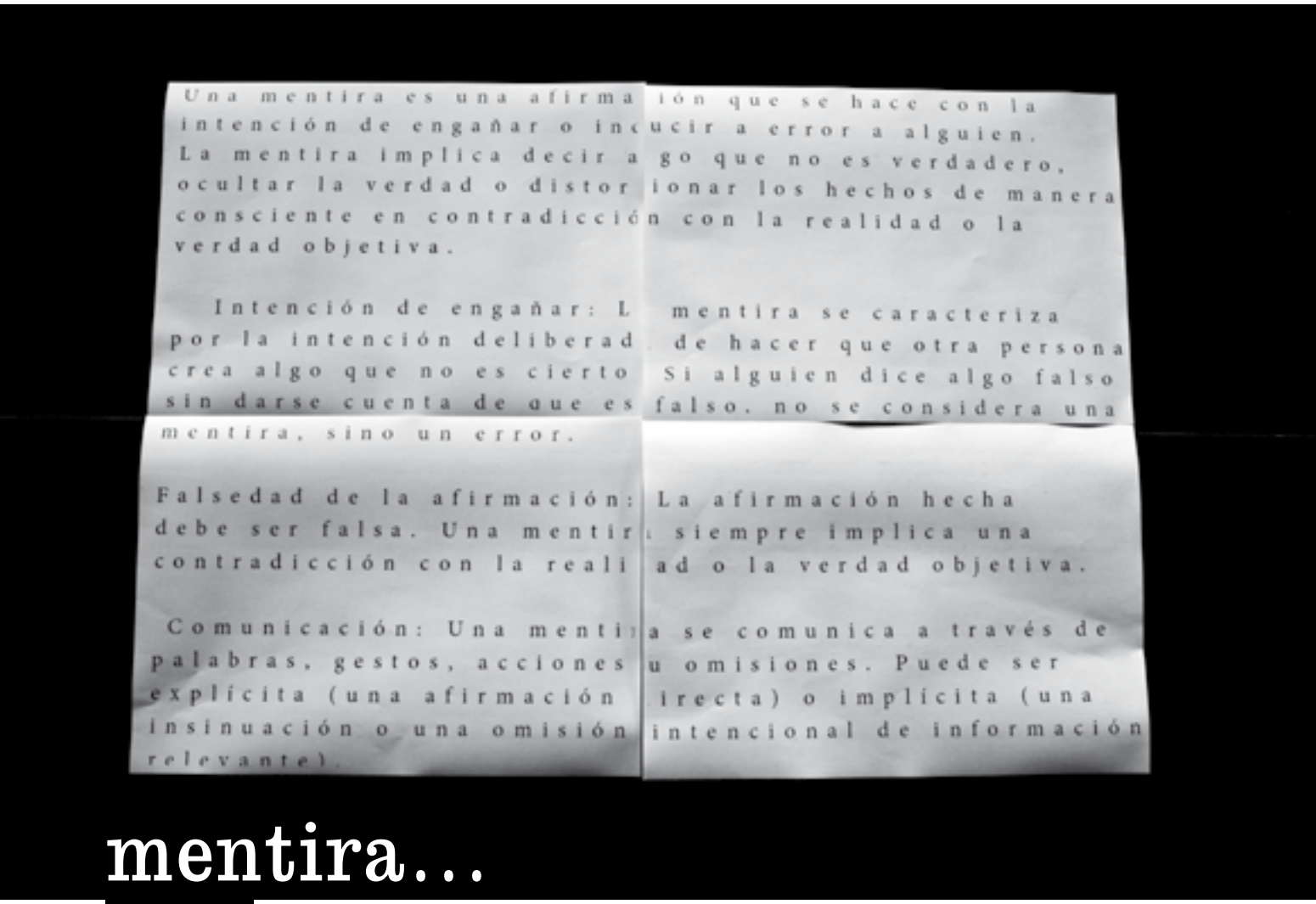
Pistas:

1H Periodismo sensacionalista y de color limón donde abundan las exageraciones y la falta de rigor.
10H Mentiras calientes en Inglaterra.
11H ¿Cuáles son los límites de tus embustes?
13H ¡Son los padres!, la primera gran mentira para Astrud.
14H En el obituario de Rebecca Nurse, acusada falsamente de brujería en los juicios de Salem.
15H Género musical de las estrofas de El Chojín en la canción *Las mentiras que nos decimos*, con Andrés Suárez.
17H La Sociedad de los Jóvenes Mentirosos (en inglés).
18H Network of Ethical Integrity.
19H Índice bursátil de España, sin 35, que no siempre refleja la realidad de la calle.
21H Brigada Anti Mentiras Sibilinas.
22H Medio sesgadas.
23H Comisión para la Omisión y Revisión de Información Confidencial.
24H A esta nutri se le ha ido la cabeza, con un montón de mentiras de la cultura de la dieta.
26H ¿Quién me preguntó si tengo muchas novias? Y no hace falta mentir.
27H Este falseo ha perdido todas las consonantes.
28H Debutante, o cada una de las cuatro protagonistas de la película bibollera de espías súper secretas, que parodia *Los ángeles de Charlie*.
30H Zona de Actividad Económica (o Engañosa).
31H Iniciales de la productora o creadora de *Scandal* o *Cómo defender a un asesino*, llenas de mentiras y engaños.
32H Estafar, quitar o hurtar con engaño.
34H Una negación, desde el principio hasta el final.
35H Seducir, engatusar, adular...
37H *La mitad (-)*, inmensa novela de Brit Bennett sobre dos hermanas y una mentira.
1V Descubriste, destapaste, conociste... la verdad.
2V Iniciales de la coprotagonista de *La calumnia* (William Wyler, 1962), junto a Shirley MacLaine.
3V Saber la verdad puso fin al horror.
4V El abominable hombre de las nieves sube la montaña, ¿existirá realmente?
5V «Baby, lie like you love me...». Título de la canción de Rosalía.
6V *Sex, (-), and videotape*, película de culto de Steven Soderbergh.
7V Institución de Engaños Sutiles.
8V Iniciales en el camerino del director de *Atrápame si puedes* (2002), película sobre un maestro del engaño.
9V A este tipo de narradora no puedes ocultarle nada.
12V Apellido de Leticia, presentadora del increíble programa *Mentiras peligrosas*.
14V Una mentira bien liosa hace que manden, envíen, expidan unas cuantas cartas.
16V Ay, cuando vino el lobo de verdad ya nadie le hizo caso.
18V Le crecía a Pinocho con cada mentira.
20V Acrónimo para eXtended AI, una tecnología que genera realidades simuladas, donde verdad y mentira se mezclan.
21V Usuario de redes sociales que no es real, sino un programa automatizado.
25V Fenómeno viral, ya sea una imagen o un concepto, que se repite y se repite y se repite, y que a veces propagan desinformación.
28V «Miénteme. (-) que me has esperado todos estos años. (-) que me quieres todavía, como yo te quiero».
29V Justo ahí, al oeste de los Balcanes, mentira se dice *laž*.
32V El eco que se repetirá cuando mientan, cuando insistan, cuando desmientan, cuando lo sientan.
33V Institución cultural española que se atreve a regularizar los únicos usos verdaderos del lenguaje.
35V Todavía en el armario, escondidas a la salida de Chueca.
36V Iniciales en los guiones de Ruth Negga, coprotagonista de la serie *Presunto inocente* (2024).



soluciones:

HORIZONTALES 1 AMARILLISMO | 10 HOTLIES | 11 ES | 13 REYES | 14 RN | 15 RAP | 17 YLS | 18 NEI | 19 IBEX | 21 BAMS | 22 GADAS | 23 CORIC | 24 UTRI | 26 TITI | 27 AEO | 28 DEB | 30 ZAE | 31 SR | 32 TIMAR | 34 NN | 35 CAMELAR | 37 EVANESCENTE
VERTICALES | 1 AVERIGUASTE | 2 AH | 3 ROR | 4 ITEY | 5 LLYLM | 6 LIES | 7 IES | 8 SS | 9 OMNISCIENTE | 12 SABATER | 14 REMITAN | 16 PEDRO | 18 NARIZ | 20 XAI | 21 BOT | 25 MEMES | 28 DIME | 29 BALC | 32 TAN | 33 RAE | 35 CA | 36 RN



mentira...

Pelleyes (ellas) Grupo de artivismo de Cambalache

Es un experimento en el que probamos a jugar visualmente con la construcción semántica de la mentira. Preguntamos a la IA, tan de moda estos días, qué es la mentira. A partir de su respuesta, construida con «reflejos» aislados, exploramos otros significados utilizando el mismo papel, letras y tinta.

Para este experimento/juego nos hemos inspirado en la frase de la escritora Liliana Bodoc «mentir para decir la verdad», que hace referencia al periodo en el que, de niña, empezó a inventar historias en el colegio para lidiar con la muerte de su madre provocando que sus iguales y el profesorado la llamasen mentirosa. ¿Hay intencionalidad en esa mentira? ¿La intencionalidad la convertiría en una falta grave desde una perspectiva moral? ¿No puede la intención ser porosa, flexible, confusa? Gabriela Wiener dice que quienes mentimos siempre dejamos pistas porque queremos que nos descubran. Hay entonces otro tipo de intencionalidad, que no es la mentira en sí, sino el descubrimiento del hecho.

También nos inspiramos en la obra de cuatro artistas audiovisuales: los camuflajes de Cecilia Paredes; las fotografías de Cindy Sherman en las que interpreta distintos personajes; las *performances* de Joan Jonas sobre los espejos; y los proyectos fotográficos de Joan Fontcuberta. Si bien estas artistas no hablan directamente de la mentira, hacen referencia a la simulación, la invención de momentos históricos, la distorsión de la realidad, la interpretación de roles y de personajes reales y ficticios. Situaciones que entran en diálogo con las preguntas que, durante el proceso creativo, nos hacemos sobre la mentira, su significado, las líneas que cruza y las que no.

Nos cuestionamos de qué manera nuestra percepción toma elementos de la realidad y la reconstruye, la reinventa, la transforma; así como qué tipos y niveles de mentira existen. El juego nos hace sentir de forma física las dimensiones, la masa y la materialidad de las palabras. Los conceptos no son planos, tienen capas y porosidades; las capas son móviles; hay construcciones culturales y formas de construir verdades, tal como les hemos dado forma a través del experimento.

Quedáis invitadas a probarlo y a compartirnos cómo os fue en pelleyesartivismo@gmail.com